Biblioteca Universitaria
CR.
Sala B
Estante 30
Tabla
Número 126

BIBLIOTE[illegible] REAL
DA
Sala B
Este[illegible] 8
[illegible] 298

2
1-389

1284

NOCHES PERDIDAS.

BIBLIOTECA
UNIVERSITARIA
DE
GRANADA

R. 639

NOCHES PERDIDAS.

POESIAS

de Francisco Martinez de Arizala.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA DE GRANADA

GRANADA:
—=—
IMPRENTA Y LIBRERIA DE D. MANUEL SANZ,
calle de la Montereria, núm. 3.
1850.

Al Sr. D. Martin de Belda y Garcia,

del Consejo de S. M., su Secretario con ejercicio de decretos, Comendador de la Real y distinguida orden americana de Isabel la Católica, Caballero de la de Carlos 3.°, Teniente Coronel del Cuerpo de Artillería de Marina, Oficial del Ministerio de la Gobernacion del Reino, Diputado á Córtes por el distrito de Cabra en la Provincia de Córdoba, etc., etc., etc.

En prueba de antigua y verdadera amistad

El Autor.

En una época en que tanto dominan las interesadas pasiones políticas, en que se sublevan los tiernos sentimientos del corazon á la vista de los egoistas pensamientos que personifican á nuestra humana sociedad, merece mas que alabanzas el jóven vate que se presenta á cantar con su lira, sobreponiéndose al infernal ruido que nos está aturdiendo en el teatro del mundo. No perturba el estampido de los cañones los suaves encantos de la poesía; no el férreo choque de las armas en la batalla; pero sí el ruido de ese combate sin tregua de pasiones bastardas, de desmedidas ambiciones para conseguir, en vez de esa paz que forma el encanto de la vida, ese grosero *positivismo* que constituye el colmo de la felicidad de nuestros dias, si puede verse colmada esa dicha que se ambiciona.

Asi, poeta, has comprendido tambien esta época, cuando cantas llorando tales vicios; cuando desde las tristes y desnudas costas del Africa esclamas con los ojos anegados en lágrimas:

«¿Dónde estan los placeres de la vida,
El dulce amor, y la amistad sagrada,
Los resortes de un alma enardecida
Que á nuestro ser distingue de la nada?.....
¡Las ilusiones muertas, ó perdidas,
Que fueron para mí tan deseadas
Con su ausencia dejaron en mi seno
Un triste corazon de dudas lleno!"

¡Infeliz del corazon que duda! ¡Infeliz del alma donde no reflejan los consoladores destellos de la fe! ¿Qué le queda entonces al hombre? ¿Qué verá en derredor de sí, sino un caos infinito, incomprensible? El entusiasmo engendra las heróicas acciones. ¿Qué inspiraciones ha de tener la mente del poeta, si de él carece?..... Pero le queda el dolor; ese poético sentimiento que tambien es creador de heróicos hechos. El sentimiento emana del alma; es una afeccion espiritual; y por consecuencia grande, sublime.

A este sentimiento, ya que no al entusiasmo, debe el jóven D. Francisco Martinez de Arizala sus poéticas concepciones. Este sentimiento es el que le hace llorar en las Costas de Africa, y condolerse de su amor y de su fe perdidos. Pero abrigando un destello de esperanza en Dios; creyendo en su omnipotencia y en su infinita bondad hácia el desgraciado. Sí: ese Dios á quien invoca habrá dado un consuelo á su corazon lacerado. Despues de cada una de las canciones en que

se lamenta de sus infortunios, habrá esperimentado esa dulce espansion del alma, que se dilata á medida que vamos arrojando el peso que nos abruma.

¡Qué bálsamo derramamos en nuestro corazon al confiar las propias desdichas á un amigo!..... ¡Qué grande, qué inmensa es la satisfaccion del poeta que canta sus infortunios, para que sintiendo como él le ayuden á resistir su pesadumbre!

Si abrumado con el dolor pudiste decir en un momento de inspiracion

.....

«Deja la sociedad, deja la pluma:
Pues si es vano tu eterno desconsuelo,
Ríndete al sueño que tu frente abruma,
Y en medio del ardor que te sofoca
Sienta tu corazon, calle tu boca,"

no habrás podido resistir al deseo de quebrantar tan terrible propósito. Siempre es el llanto el consuelo de los desgraciados.

Las poesías del Sr. Arizala retratan completamente á su autor, que se considera en este mundo como un pasajero desgraciado: desconfiando de cuanto le rodea, amando á todos y creyéndose desdeñado ó indiferente para todos. Poseyendo su alma la candidez del niño, llora sus desgracias con ingenua franqueza y lamenta sus ilusiones perdidas. En todas sus composiciones se ve predominar esta idea, que parece tenerla arraigada en su corazon hasta el punto de delirar con ella.

Esa candidez y ese sentimentalismo de su alma le hacen emplear en sus composiciones una dulzura encantadora, y complacerse él mismo con los tranquilos delirios de su imaginacion: por esto le oimos decir en sus versos á Esperanza:

«..... Quiero coger la sombra
De mi ardiente frenesí;
Pero al tocarla me asombra,
Que es *Esperanza* quien nombra
Y no hay esperanza allí.»

Afecto el Sr. de Arizala á esta poética ternura, de la que no quisiéramos se desviara en sus composiciones, le oimos esclamar despues, casi imitando á Garcilaso:

«Ni un recuerdo de amor, ni una esperanza;
Secos mis ojos, de llorar cansados,
Cuanto mi mente alcanza
Son recuerdos pasados,
Que entre los sueños de mi alma herida
Me hizo esperar en la futura vida.»

Hoy que las amarguras de la vida han hecho perder la dulzura de los sentimientos, solo es posible demostrarla cuando se llora con el corazon; pero con un corazon ardiente como el entusiasmo, amante como el amor. Jamás se espresa lo que no se siente. ¿A qué debió Petrarca su envidiable inmortalidad? No basta á la poesía el genio; se necesita alma; esa alma que goza, que padece, con lo que no gozan ni padecen otras: esa alma que se comprende, pero que no se esplica.

El Sr. Arizala posee este alma ardiente, y no

podemos menos de estimularlo á que continúe sus poéticas vigilias, en las que además de dar con ellas un benéfico consuelo á su lacerado corazon, hará un servicio á nuestra literatura, que pretende reemplazar sus cantos de ternura por los duros ecos de ese combate de pasiones encontradas que tanto agrada á nuestra sociedad moderna.

Madrid Febrero 1850.

Antonio Pirala.

VIGILIA EN LAS COSTAS DE ÁFRICA.

Vigilia en las Costas de Africa.

Vuelva á sonar mi lira destemplada
En el silencio de la noche umbria,
No de ardientes amores inspirada
Que agitaron un tiempo el alma mia;
Recuerdos tristes de mi edad pasada,
Sombras de mi vehemente fantasia,
Que huyeron de mi pecho enardecido
Con los recuerdos del placer perdido;

Que las flores de abril se marchitaron
Con los ardientes rayos del estío,
Y con su ausencia al corazon dejaron
Solo un recuerdo pasajero y frio:
Sombras de amor, que rápidas pasaron
Con su naciente y falso desvario,
Del juvenil ardor dulces memorias,
Falsos placeres y mentidas glorias;

—

Vuelva á cantar, mas no de amor henchida
Al manso arroyo, á la esmaltada rosa,
Ni á la inocencia en el vergel perdida
Corriendo tras la fragil mariposa;
Que no hay aqui ni animacion, ni vida,
Ni frescos valles, ni floresta umbrosa,
Ni góticos castillos altaneros,
Ni aromas en brillantes pebeteros;

—

No se oye aqui el apacible ruido
De la escondida fuente en el verano,
Ni sobre el verde cardo florecido
Al suelto colorin cantar ufano,
Ni el arroyo entre zarzas escondido
Ir murmurando hasta el frondoso llano,
Ni se ven esos campos matizados
De amapola y espigas coronados.

No se oye aqui del ruiseñor parlero
El canto alegre en la arboleda umbria,
Ni de tórtola amante, el lastimero,
Triste quejido que á su amor envia:
No se ve descender tras el otero
El astro ardiente que preside al dia,
Ni danzar en el valle los pastores
Al compas de las gaitas y tambores;

—

Que triste soledad, llanto y clausura
Oprime al corazon de amarga pena,
Y el criminal en su impiedad murmura
Al ruido y compás de la cadena,
Tal vez con boca maldiciente, impura,
Profana al Dios que piensa le condena,
Y en su infernal y bárbaro delirio,
Imbécil busca su eternal martirio.

—

Y tal vez la virtud gime oprimida
Por el mundo y los hombres ignorada,
Con el vicio y el crímen confundida,
Por los hombres y el mundo despreciada:
Y la justicia al impostor vendida
Mira implacable al alma desgraciada,
Que arrastra su existencia entre prisiones,
Cual flor que secan turbios aquilones;

Y se estrellan las aguas bramadoras
En rocas empinadas, carcomidas,
Y se pliegan las olas bullidoras
Por los vientos potentes impelidas:
Ni un árbol, ni una flor, ni las sonoras
Brisas suaves, selvas escondidas,
Dan espansion al que afligido llora
Y la ansiedad su corazon devora.

—

¿Dónde estan los placeres de la vida,
El dulce amor y la amistad sagrada,
Los resortes de un alma enardecida
Que á nuestro ser distingue de la nada?
¡Las ilusiones muertas ó perdidas,
Que fueron para mí tan deseadas,
Con su ausencia dejaron en mi seno
Un triste corazon de dudas lleno!

.....

.....

—

Ya se mira la luna plateada
Reflejar en las aguas cristalinas,
Para ocultarse tras la cumbre alzada
Entre nubes variadas y argentinas:
Ó ya contra la peña socavada
Retumba el huracan, y en sus ruinas
Se posan aves en la noche oscura
Cantando tristes su fatal ventura.

Ya el moro audaz que presuroso hiende
Atlético la mar embravecida,
Con el revuelto jaique que suspende
Sobre su faz severa y denegrida:
Ya en la noche la hoguera que se enciende
Misteriosa en recóndita guarida,
Ó ya peces luciendo sus escamas
Y dejando tras sí pálidas llamas.

—

Y el altivo pendon se ve pomposo
Tremolar en los muros carcomidos,
Que en otros tiempos tremoló glorioso,
Para España pasados y perdidos;
Que ya no huye el árabe medroso,
Ni el imperio muslim despavorido,
Pues con tremendo y bárbaro coraje
Imprimen sobre él un nuevo ultraje.

—

«¡Fuego, riffeños! con feroces gritos
Clama la descompuesta muchedumbre:
«¡Fuego, hijos de Alá, perros malditos
Son los cristianos!" y del alta cumbre
Con frio encono y con protervos ritos,
De Mahoma la impura servidumbre
Contra el pobre español «¡Fuego!" gritando,
Alegre rie de quedar triunfando.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA DE GRANADA

¿Son estos los que huyendo de Granada,
De Toledo, de Córdoba y Sevilla,
Al ver la España de valor armada
Tremolar los pendones de Castilla,
Pasaron al desierto? ¿Es la humillada
Hueste, cubierta de inmortal mancilla,
La que siguieron tras las turbias olas
Las triunfantes banderas españolas?

—

¡No! que son de Sidonia los traidores,
Los asesinos del imperio godo,
Que al compás de añafiles y tambores
Echaron nuestro orgullo por el lodo:
Son del rey don Rodrigo vencedores;
Son los que á fuego y sangre llevan todo,
Los que con sed de oro y de matanza
Llevaron al estremo su venganza!

—

Esos que con el odio renacieron
Que sus padres tuvieron al cristiano,
Y ya que su impotencia conocieron
Vienen á herirnos con traidora mano:
Todos nuestros tratados se rompieron
Por no tener teson un soberano,
Que en medio de sus lúbricas mujeres
Embargan sus sentidos los placeres.

¿Y ha de sufrir la patria de los Cides
Tan inmundo borron y mengua tanta,
La que triunfante en las revueltas lides
Valiente arroja al que su ley quebranta?
¿Y han de ver esforzados adalides
Segar de sus hermanos la garganta,
En las costas del África altanera
En que la ley del Alcoran impera?

.....

Basta, musa infeliz, deten tu vuelo.
¿A dónde vas con tu impotencia suma?
¿Qué quieres, di, con tu valiente anhelo?
Deja la sociedad, deja la pluma:
Pues si es vano tu eterno desconsuelo,
Ríndete al sueño que tu frente abruma,
Y en medio del ardor que te sofoca
Sienta tu corazon, calle tu boca.

Alhucemas 21 de junio de 1847.

RECUERDOS.

—

A una Rosa.

RECUERDOS.

A una Rosa.

Rosa del aura mecida,
por el amor arrullada,
cándida flor desgraciada,
en el desierto perdida
y por mis ojos llorada:

—

¡Cuántas veces al mirar
tus purpurinos colores,
reina hermosa de las flores,
sentí el pecho palpitar
con tus primeros amores!

Y entre ilusiones ardiente
mi corazon se perdia,
y en los sueños de mi mente
me halagaba dulcemente
mi exaltada fantasia.

—

Que yo encontraba el consuelo
al contemplar tu hermosura
en esta mansion de duelo,
que tú bajaste del cielo,
ángel de humana figura.

—

¿Dónde estás, flor de mi vida?
¿dónde tus gracias están?
¿aquella imágen querida
que busco con mas afan
cuando mas está perdida?

—

Con este ardiente querer
creo se anima tu ser,
pero en tanto desacuerdo
solo me queda un recuerdo
de los amores de ayer.

—

Y tan loco pensamiento,
tan ardiente frenesí
es de mi vida el tormento,
que duran solo un momento
los placeres para mí.

Y aqui, en mi vana quimera,
Rosa gentil sin ventura;
mas la pérdida sintiera
de tu célica hermosura,
si mas sentirse pudiera.

—

Que las primeras pasiones
en este mar de la vida,
son la joya mas querida,
¡triste del alma perdida
que vive sin ilusiones!

—

En este pensil florido
reclamo en vano tu ausencia,
y en mil ideas perdido
llamo con triste gemido
á la flor de mi existencia.

—

Y solo escucho el rumor
de la brisa voluptuosa,
que con fúnebre clamor
me dice: «¡murió la Rosa
de tu postrimero amor!»

PATRIA Y AUSENCIA.

Patria y ausencia.

Por fin, Patria querida,
Vuelvo á pisar tu suelo bendecido....
La esperanza perdida
Vuelve á cobrar el corazon herido.
¡Perdona Dios clemente
Si un altar la consagro reverente!
Pues por mi Patria es tanto mi cariño
Cual de una madre al inocente niño.

Y es de mi alma la espansion tan grande
Y tanto el goce puro
Que siente el corazon entusiasmado,
Cuando pienso en mi Patria idolatrada,
Que en mi mente figuro
Que eres del primer hombre la morada,
Y tu suelo de aromas regalado
De la otra vida el premio deseado.
Al través de la mar embravecida,
Al través de las nubes agrupadas,
Con tu recuerdo el alma embebecida
Mis ávidas miradas
Buscaban á las costas españolas,
Entre la espuma de las crespas olas.
Y el monótono estruendo
Del viento que en la roca se estrellaba
Venia en mis oidos repitiendo,
En cánticos de gloria,
Las páginas preclaras de tu historia;
Y veia en mi mente enardecida,
Que huia con espanto
La falange aguerrida
De los turcos vencidos en Lepanto,
Y ondear tu pendon en las almenas
De la antigua Granada,
Y con rencor de hienas,
Con criminal y bárbara porfia,
Huir las tropas de ánimo altanero

De Bailen y Pavia;
Y via tus pensiles aromosos,
Tus variadas campiñas,
Tus álamos pomposos
Y fuentes y arroyuelos deleitosos:
Tus mágicas ciudades
Centro de la hermosura y gentileza,
Los restos del saber de otras edades,
Alcázares, pinturas y grandeza;
Sevilla la altanera,
Con sus bosques de mirtos y naranjos,
Del Betis caudaloso en la ribera;
Y la vega hechicera
De la altiva Granada,
De arboledas y cáñamos poblada;
La grande Barcelona,
Emporio y prez de la española industria,
Que de libre blasona
Y que la fama su valor pregona.
Mi loco y exaltado pensamiento
Verlas creia en su delirio ardiente,
Y gozar un momento
Del suelo patrio el regalado ambiente....

.....

Mas ya, Patria querida,
Es de mi alma la ilusion cumplida,
Que al fin vuelvo á tu amparo,
Cual la nave de vientos combatida

Que divaga perdida
Y vé á lo lejos el amigo faro
Donde salvar su zozobrante vida.
Préstame tú con maternal desvelo
Tu inspiracion sagrada,
Y da vigor al corazon de hielo,
Que en su primer jornada
Fué náufrago en un mar de desengaños,
Con la ilusion de sus primeros años.
Tal vez de amor el corazon henchido,
Entre mirtos y azahares,
Entre los brazos de mi bien querido,
Escucharé los cándidos cantares
Del pájaro en la rama suspendido;
Y allá del Dauro en la frondosa orilla,
Ó de Boabdil en la feliz morada,
Se elevará mi voz torpe y sencilla
Para cantar las glorias de Granada;
Y del sol á los últimos fulgores
Y de la Alhambra entre el ramaje umbrio
Escuchando cantar los ruiseñores,
Irá veloz el pensamiento mio
Donde crece la flor de mis amores.
Que tú me inspiras, Patria bendecida,
Que tú eres mi consuelo y mi esperanza,
Que es para tí mi vida
Y cuanto el loco pensamiento alcanza.

Málaga 17 de noviembre de 1847.

Á ESPERANZA.

A Esperanza.

Flexible el talle gentil
y de sonrisa hechicera,
eres flor en el pensil
que en la mañana de abril
muestra su gala primera.

—

Eres la vírgen que mora
del poeta en la mansion,
de las hermosas señora,
la dueña del corazon
que frenético te adora.

Quiero mirarte y gozar
de la luz de tu hermosura,
quiero á tu lado espirar
y ebrio de amor y ventura
la dulce copa apurar.

—

Quiero que al son de mi lira
me adormezcan tus amores,
porque es el mundo mentira
cuando el corazon delira
con tus celestes favores.

—

Ven, maga de mis sentidos,
ángel de mi amor ardiente,
ven á contar los latidos
de este corazon que siente
tantos placeres perdidos.

—

Que quiero coger la sombra
de mi ardiente frenesí;
pero al tocarla me asombra,
que es *Esperanza* quien nombra
y no hay esperanza allí.

—

Y perdido en este mar,
en vano remo importuno
por el camino encontrar
para á tu puerto llegar,
y no hay camino ninguno.

Mas no desmaya mi aliento
porque tu amor es divino....
para aliviar mi tormento,
para gozarle un momento
Dios me enseñará el camino.

—

Ven, *Esperanza* querida,
ven, encanto de mi vida,
torna, torna la ilusion
á mi amante corazon
de su esperanza perdida.

—

Escucha mi tríste canto,
que es el canto del amor,
muévate al menos mi llanto;
¡aunque es tanto tu rigor
como mi cariño es tanto!

—

¿Y las lágrimas que vierto
no te causan compasion?
¡Ingrata! tal vez es cierto
que está tu pecho desierto
para mi amante pasion!!

—

Pero tu amor es divino,
y aunque divago sin tino
en mi bajel sin bonanza,
Dios me mostrará el camino
del puerto de la *Esperanza*.

SIN FE Y SIN AMOR.

Sin fe y sin amor.

Árida está del campo la pradera,
Seca la fuente de mi triste alma
En su ilusion primera,
Solo se ostenta la perdida palma
En el desierto erguida
Y de abrasados vientos combatida.
Ni un recuerdo de amor, ni una esperanza,
Secos mis ojos, de llorar cansados,
Cuanto mi mente alcanza
Son recuerdos pasados

Que entre los sueños de mi alma herida
Me hizo esperar en la futura vida.
¡Sin fe y sin amor! la fria muerte
Termina la esperanza y la hermosura,
Y la contraria suerte
El cáliz de amargura
Al hombre brinda, que en su vida espera
El premio justo á su pasion primera.
Busqué aquellos amores
Que esperaba mi ardiente fantasia,
Y solo hallé rigores
Y un desengaño mas el alma mia;
Que es el amor en los primeros años
Inmenso mar de crueles desengaños.
Busqué de la amistad el sentimiento
Puro como del justo la mirada,
Como el primer aliento
De brisa perfumada,
Cual de ese sol la luz resplandeciente,
Cual del Jordan la mística corriente.
Y tambien la amistad, cruda y tirana,
Su canceroso diente corrompido,
Con ponzoña inhumana,
Dejó de muerte herido
Al corazon, que en su amoroso anhelo
Esperó en la amistad hallar un cielo.
¿Y qué me resta del placer mundano?
¿Qué espero en esta vida miserable,

Si con traidora mano
Escrito está el destino deleznable,
Que me depara la fortuna mia
Envuelto en sombras de la noche umbria?
¿Qué son ya los placeres y la gloria,
La virtud, la esperanza y los amores?
¡Otro recuerdo mas en mi memoria,
Una víctima mas de sus rigores;
Que tambien en mi pecho se abrigaron
Y desengaños solo me dejaron!
Y el alma muerta, la materia impura
Cual duro hielo y elevada roca,
No encuentra en su amargura
Ni una esperanza loca
De alcanzar esa vida deseada
Que me fingió la mente entusiasmada.
Sin fe y sin amor, soy en la vida
Perdido y miserable peregrino,
Que lejos de su patria bendecida
No encuentra en su camino
Ni amigo albergue, ni á su sed ardiente
Las cristalinas aguas de una fuente.
Que el murmurar del caudaloso rio,
La luz resplandeciente de la aurora,
El arrullo de tórtola que llora,
La majestuosa paz del bosque umbrio,
El aura voladora,
Las gotas de rocio

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA Y PROVINCIAL GRANADA

Que refrescan la flor encantadora,
Del sol la luz que las montañas dora,
¡Cuanto entusiasmo al corazon inspira
Sin fe y sin amor, todo es mentira!

.....

Sombras que vagan en la mente loca,
Sueños de mi exaltado pensamiento,
Esa deidad que el corazon invoca
De eterna vida y de inmortal aliento;
Ese ansiado momento
Tanto esperado cuanto mas se ahuyenta,
Que con galas tan nuevas se presenta;
Es la esperanza, refulgente estrella
Que allá en el horizonte de la vida
Muestra su lumbre bella,
Tan ansiada y querida
Cuanto el hombre feliz vivió por ella.
¡Triste del alma que perdió su lumbre
De la vida en la inmensa pesadumbre!
¡Triste del corazon que muerto vive
Sin amor y sin fe, perdido y ciego!
¡Triste del hombre que su ser recibe
Víctima á ser del desengaño luego,
Porque apagado de tu amor el fuego
Tan solo espera en la cercana muerte,
Alivio tardo á su contraria suerte!

.....

Tan solo tú ¡Dios mio!

Con ese aliento creador y puro
Puedes prestar al corazon vacio
Benéfico rocio,
Que fluctua entre dudas mal seguro,
Cual nave que arrebata la tormenta
Y el iris de bonanza se presenta.
Y tú eres ese iris misterioso
Que ahuyenta la borrasca atronadora
Del mundo proceloso,
Con mano protectora,
Padre para sus hijos cariñoso,
La duda ahuyentarás que me devora,
Y fuente inagotable de favores
Me volverás la *fe* con mis *amores*.

UN RECUERDO Y UNA LÁGRIMA.

—

A M.... una noche en la Alhambra.

UN RECUERDO

Y UNA LÁGRIMA.

A M... una noche en la Alhambra.

Qué bella es de la luna
La luz tersa y plateada,
Y atravesar en la noche
Las frondosas enramadas
Y las verdes alamedas
De la peregrina Alhambra;
Qué encanto tiene el perfume
Que la tierna flor exhala
Y el arroyo murmurante
Que entre las guijuelas salta;

Qué de misterio en las sombras
Y qué frescura en las auras;
Qué de ideas en la mente
Y qué placer en el alma;
¡Qué hermosas son esas horas
Y qué rápidas se pasan!
¡Qué hermoso es contemplarte
Y oir tu voz adorada,
Sentir palpitar tu pecho
Y ver tus ojos que abrasan!
Porque eres tú mas hermosa
Que la azucena temprana,
Que el destello de la aurora,
Que del sol la lumbre clara;
Y eres de mí mas querida
Que de los peces el agua,
Que de las aves el aire,
Que del pobre la esperanza.
Y al ver tus ojos hermosos
Y al ver tus negras pestañas
Y el candor que se desprende
De tus mágicas palabras,
Torpe enmudece mi labio
Y mi corazon se abrasa....

.....

¡Oh recuerdos fementidos
Que son recuerdos que matan!
Perdona, niña inocente,

Si mi lira entusiasmada,
Publica del corazon
Lo que aqui mi mente calla.
Solo te pido un recuerdo
De esta noche deseada,
De estos placeres perdidos,
De estas locas esperanzas.
Y si en tus tersas mejillas
Una lágrima resbala,
Al pensar que hay en el mundo
Un corazon que te ama
Y que devora en silencio
Los tormentos de su alma,
Oculta los negros ojos
Entre las ricas holandas
Y conságrame un *recuerdo*
Y devuélveme una *lágrima*.

UNA MADRE EN LA TUMBA DE SU HIJA.

Una madre en la tumba de su hija.

(*)

Perdona, sí, perdona, Dios clemente,
Si al ver su imagen que animó la vida,
Mi corazon te culpa irreverente.
¡Muerta! ¡muerta! ¡Oh dolor! ¡Hija querida!
Tú que conoces lo que mi alma siente
Y ves por ella mi razon perdida,
Término pon á mi dolor ardiente,
Y muera, sí, pero con mi hija unida.
¿Cómo al ver su pureza y su hermosura
Quisiste arrebatar la flor temprana
En el primer albor de su frescura
Y de la vida en su primer mañana?
¡No quisiste dejarla en este suelo
Porque era un ángel destinado al cielo!

(*) Dedicada á D.ª Candelaria Micó de Heredia, en la muerte de su hija D.ª Sofía, que fué embalsamada y depositada en una urna.

UN NIÑO

á Nuestra Señora del Amparo.

—

UN NIÑO

á Nuestra Señora del Amparo.

¡Oh Virgen, entre todas escogida
A ser de pecador madre y señora!
¡Perdona si mi alma conmovida
Tu compasion implora!
Perdona, sí, perdona si mi canto,
Torpe pretende publicar tu gloria,
Y si con triste llanto
Un recuerdo consagro á tu memoria.
Cándida flor nacida
Del puro Eden en la mansion florida,
Rosa de Jericó, madre amorosa,

Sin pecado y sin mancha concebida,
Fuente sacra de vida,
Estrella de salud, Virgen hermosa,
Tú escuchaste mi acento
De elocuencia desnudo,
Que espresó el labio rudo
La fe del pensamiento.
Sí, fuiste tú cuando la mente oscura
Buscó la claridad, vió la luz pura
De tu lumbre divina,
La que del solio dó el fulgor brillaba,
Su pura y casta luz me iluminaba.
Ten piedad, Virgen mia,
De mi sencilla infancia;
Rasga, Madre de amor, de la ignorancia
La oscura venda que me ciega impía;
Que yo estasiado en el divino fuego
Que me infunde tu célico semblante,
Voy hallando el consuelo
Que deseaba en mi dolor punzante.
Ese dulce descuido,
Ese grato placer que á tu presencia
Goza el hombre adormido,
Sin escuchar el grito maldecido,
El grito aterrador de la conciencia.
Siembra de rosas y fragantes flores,
Puéblale de bellísimos amores
Este primer camino de mi vida,

No vengan los dolores
Con ceñuda faz ennegrecida
Á derrocar mis leves pensamientos.
Di del mundo infernal á la canalla
Que no turbe mis plácidos contentos,
Y que en vano batalla
Por derramar en mi inocente seno
Germen impuro de precito daño;
Preparen, sí, su matador veneno.
¡Tú, Virgen de salud! bajo tu manto
Encubres mi orfandad, calmas mi llanto.

Á UNA NIÑA.

A una Niña.

Descansa, niña hermosa,
Con el sueño feliz de la inocencia,
Blanca y erguida rosa
Que crece en el pensil de la existencia,
En hojas rica, pródiga en esencia:

—

Descansa y no comprendas
El activo volcan de las pasiones,
La falsía no entiendas,
Ni esas gratas y nuevas ilusiones
Que mienten los humanos corazones.

Angel puro y hermoso,
Imagen ideal del pensamiento,
Lanzado al proceloso
Mar de la vida en el primer momento
Que ansía el alma celestial contento;

—

Para tí no hay pesares,
Miente goces tú loca fantasía,
Y en místicos cantares
Candorosa le pides á Maria,
Gozar la vida que tu mente ansía.

—

Gozar de los placeres
Que finge el mundo con su pompa vana,
El amor de otros seres,
Porque anhelante el corazon se afana
Para burlarse de tu amor mañana.

—

Tu cándida inocencia
Marchitarán crueles desengaños
Con rauda violencia,
Y robarán con pérfidos amaños
Esa ilusion de tus primeros años.

—

Esa ilusion dorada
De un «mas allá» que el corazon espera,
Entre sueños formada,
Que al alma en su delirio desespera,
Porque alcanzarla conseguir quisiera.

¡Gozar con un recuerdo,
Vivir con la esperanza engañadora,
Y en tanto desacuerdo
Presentarse la maga seductora
Que ávido el corazon ferviente adora!

—

¡Y no poder tocarla,
Y ser toda ilusion, toda mentira
La sombra que al mirarla,
Un fuego ardiente al corazon inspira
Que en triste afan y sin cesar suspira!

.....

—

Descansa en tu alegria,
Que del mundo el fanal resplandeciente,
Niña, te quemaria,
Mira que el hombre los placeres miente
Para triunfar del ánima inocente.

—

Recuerda los instantes
Felices que á tu mente recrearon
De la maldad triunfantes,
Las dichas ¡ay! que rápidas pasaron
Y desengaños solo te dejaron.

—

Y cándida tu alma
Gozará del recuerdo cariñoso,
De la apacible calma
De tu niñez, del tiempo venturoso,
Que pasó con su encanto presuroso.

Yo admiro tu belleza,
El fuego de tus ojos seductores,
Tu cándida pureza,
Como del sol los rojos resplandores,
Cual el aroma de esmaltadas flores.

—

No marchites ¡Dios mio!
La casta flor radiante de esperanza;
Muestra tu poderio;
Que si merece el hombre tu venganza,
La virtud, ante tí, justicia alcanza.

LA INOCENCIA.

La Inocencia.

Flor radiante de hermosura
sale al prado la Inocencia,
llevando en su corazon
mil esperanzas risueñas.
Brotan carmin sus mejillas,
toda es candor y pureza,
y en el verjel de la vida
camina sin esperiencia.

Es una cándida niña
que mil placeres espera;
es una blanca paloma
que cruza el aire ligera,
y que al pararse perdió
sus esperanzas primeras.
Es la primera mañana
de la cándida azucena,
que abrió su cáliz al aura
y el aura llevó su esencia.
Divaga de flor en flor,
del jazmin á la violeta,
de la acacia al tulipan,
del tulipan á la adelfa.
Quiere coger á su sombra,
con su misma sombra juega,
y corre tras los placeres
de la hermosa primavera,
hasta que cansada al fin
en sueño profundo queda,
que aletargó sus sentidos
con mentirosas bellezas.
Vino la noche sombría,
noche de ruda tormenta,
en que el alma desmayada
pierde la ilusion primera:
y sin guia, sin amparo,
en el mar de la existencia,

llorando busca placeres
y desengaños encuentra.
Ninguno escucha su llanto,
á nadie duelen sus penas,
y abandonada y perdida
¡quedó muerta la *Inocencia!*

Á ADRIANA.

En las orillas del Genil

Á ADRIANA.

En las orillas del Genil.

Corre, Genil, blandamente
entre perfumadas flores,
y lleva un suspiro ardiente
á mi gacela inocente,
al ángel de mis amores.

—

Sigue tu curso violento,
y de mi amante pasion
cuéntala todo el tormento
que ocupa mi pensamiento
y mi ardiente corazon.

Dila que amante suspiro
y que constante la adoro,
y que por su amor respiro,
y que sin su amor espiro,
y que por su ausencia lloro;

—

Que es triste ver un momento
á quien con los ojos mata
y cautiva con su acento;
que es triste amar á una ingrata
y dar sus quejas al viento;

—

Pobre bajel, que perdido,
del mundo en el mar se lanza,
y navega sin bonanza
buscando el puerto querido
de su amor sin esperanza;

—

Asi mi alma adormida
en el mar de tus amores
busca una sombra querida;
no profundicen la herida
los desengaños traidores;

—

Que si soñando vivimos
y con los sueños gozamos,
solo al despertar sentimos
los placeres que perdimos
y que entre sueños hallamos.

.....

Marcha, rio cristalino,
del Betis á la ribera;
prosigue, pues, tu camino,
y di á mi maga hechicera
cuán fatal es mi destino.

—

Búscala en el tibio rayo
de la luna refulgente,
de la aurora en el ambiente,
ó en el lánguido desmayo
de la azucena inocente.

—

Si cual celeste figura
en tu curso se aparece
una radiante hermosura,
como los ángeles pura,
que al corazon enardece;

—

Si ves salir placentera,
cual Diana de la fuente,
una náyade ligera
de tersa y hermosa frente
y de sonrisa hechicera;

—

Si ves á la flor temprana
rica en matiz y en aroma,
ó en la arboleda cercana
arrullando una paloma;
¡esa es mi bella Adriana!

Y aunque esta sombra querida
es una loca esperanza,
y es una ilusion perdida,
que mi deseo no alcanza,
porque no la hay en la vida;

—

¡Dila que amante suspiro,
y que constante la adoro,
y que por su amor respiro,
y que sin su amor espiro,
y que por su ausencia lloro!

EL PANDERETE DE LAS BRUJAS.

(Tradicion.)

El Panderete de las Brujas.

(TRADICION.)

I

Manantial de eterna gloria,
fuente de inmensas hazañas,
fué para nobles guerreros
la conquista de Granada.
Súbditos de un rey triunfante,
á quien la suerte halagaba
y que mil pueblos vencidos
besaron su regia planta,
buscaban arduas empresas
con ansia de honra y fama.

....

En una vega frondosa
está la ciudad sitiada,
rica en fragantes aromas,
abundante en limpias aguas
que llevan mil riachuelos
con sus arenas doradas.
Crece el verde limonero
entre flores matizadas
y cantan los ruiseñores
entre toscas espadañas.
Brilla el azul de su cielo,
es del sol la lumbre clara,
y cual dosel de su gloria
se ostenta *Sierra Nevada*,
que tocando con el cielo
su blanco color resalta,
con el azul trasparente
de inmenso velo de gasa.
Viene risueña la aurora
entre nubes de escarlata
tiñendo los altos montes
con una luz nacarada,
cuando un valiente guerrero
en blanco corcel cabalga,
de dos pajes precedido,
con firme y pausada marcha.
Brilla su acerado casco
y su armadura templada,

y ondea la azul garzota
en su cabeza gallarda.
Es el valiente Gonzalo,
de los cristianos la nata,
alcaide de los Donceles,
gran capitan del monarca
que arrojó la media luna
de los dominios de España.
Al subir una colina
cruza una flecha acerada
tan cerca del noble mozo,
que casi toca su cara.
—*¡Perros, cobardes, traidores!*—
el Gran Capitan esclama,
calándose la visera,
poniendo en ristre la lanza,
aplicando el acicate
de su caballo en la hijada,
que herido el fogoso bruto
á largo galope avanza.
Aunque traidora, era gente
de valor la que buscaba;
y saliéndole al encuentro,
al noble mancebo aguardan,
dando salvajes aullidos
con rabia desesperada,
cuatro ginetes Zegries
de mil traiciones la causa.

— A tí, que eres mas valiente,
prueba el bote de mi lanza,
y aprende de los cristianos
como sin traiciones matan —
dice Gonzalo furioso;
y rápido como un águila,
sobre él se precipita,
con furor y fuerza tanta,
que cayó muerto el Zegrí
esclamando: «Alá me valga.»
Llegaron los escuderos
y armose recia batalla:
ya los valientes cristianos
á los moros arrollaban
y al galope los seguia
hasta llegar á una zanja,
en que una nube de piedras,
de flechas y de azagayas,
pueblan el aire veloces
y en los aceros resbalan.
Los valientes escuderos
á tantos golpes desmayan;
—*¡Adelante por Santiago*
y por mi bella cristiana!—
dice el valiente guerrero;
y cual torrente se lanza
en medio del torbellino
de piedras, flechas y espadas:

ya derriba á un enemigo,
al otro el pecho traspasa;
ya acomete enfurecido,
ya sereno se repara,
y cual el Dios de la guerra
su erguida frente levanta,
que el sol brillante ilumina
de la serena mañana.

Desesperados los moros
se abalanzan con tal rabia,
que tiran á un escudero
y al otro el caballo matan,
solo el valiente Gonzalo
—*¡Á mi, cobardes!* gritaba:
desgonzado el fuerte peto,
rota su terrible lanza,
fatigado su alazan
entre la horda musulmana;
á hacer el último esfuerzo
el guerrero se prepara,
y cual raudo torbellino,
cual abierta catarata,
cual rio que se desborda
y como el rayo que abrasa,
al que acomete atrevido
dá muerte desesperada:
su valeroso caballo
saltó una acequia tan ancha,

que los árabes furiosos
en vano seguirle tratan,
y sale á escape tendido
hácia la cumbre escarpada,
mientras burlados los moros
dan gritos de impura rabia;
pero no falta un traidor
que por una trocha avanza,
al ver al bravo caudillo
dirigirse hácia Granada,
á dar parte al primer puesto
de las moras avanzadas.

II

Nuestro intrépido guerrero
llega del monte á la cima
y sus ojos descubrieron
á su Granada querida,
Jerusalen deseada,
hermosa, grande, magnífica,
que alumbraba el primer rayo
de la mañana tranquila.
Hay momentos en que el alma
entre su placer se olvida
de los futuros peligros
y las pasadas fatigas.

Hace parar su caballo;
suelta Gonzalo la brida
y á la ciudad musulmana
con noble entusiasmo mira,
la mas hermosa que el sol
bajo sus rayos cobija:
vé las siete poblaciones
de mil torres defendidas
último atrincheramiento
de las falanjes moriscas,
la *Granada de rubies*,
rica en oro y pedrería,
que ornan suntuosos palacios
y brillantes alcatifas;
sus jardines deliciosos
en primavera continua;
esa vega matizada
de arboledas, y de viñas,
y de cáñamos pomposos
y de blancas alquerías.
Mira tambien á la *Alhambra*
anillo de cornerina,
con sus aguas bullidoras
y su arboleda tupida.
Luego la *Torre del Sol*,
centinela que vigila
por ese pueblo de alarbes
y que el cristiano codicia:

y las márgenes del *Dauro*,
del *Genil* las aguas limpias,
la *Torre de Comaregh*,
las relucientes mezquitas
con sus cúpulas de oro
y esmeralda enriquecidas;
el *Alcazaba Bermeja*,
donde tan solo podian
las águilas penetrar,
y la *Alcazaba Cadima*,
sobre una cumbre sentada
y que á sus plantas se humilla
el *Barrio de los Zenetes*,
gente brava y aguerrida.
Aquel es *Generalife*
centro de amorosas citas,
que á la frescura del Dauro
se ostenta sobre una cima.

.....

Y llegaban á Gonzalo
los perfumes que traia
el aura que los robaba
de las flores peregrinas;
y el bullicioso murmullo
de la ciudad adormida,
que comienza á sus faenas
al rayar el nuevo dia;
el susurrar de los rios,

las acordes melodias
de los sueltos ruiseñores
y pintadas golondrinas.
De un santo recogimiento
fué su alma conmovida;
apeose del caballo,
humilló su frente altiva,
y con el casco en la mano
y en el suelo la rodilla,
surcando copioso llanto
por sus rosadas mejillas,
grande, sublime, inspirado
con las manos estendidas,
parece que en nombre toma
de sus reyes y Castilla,
posesion de cuanto abarca,
cuanto descubre su vista.

III

Á sus espaldas sintió
pesado cuerpo que cae;
era su herido caballo
falto de fuerza y de sangre,
que miraba con cariño
á su señor arrogante,
aguzando las orejas

algun peligro anunciándole.
Asi era: diez Zenetes
blandiendo corvos alfanjes,
anhelosos de venganza
van por la loma adelante.
¿Quién rinde la altiva roca?
¿quién piensa atajar el aire,
y detener el empuje
prepotente de los mares?
Antes morirá Gonzalo
que el bravo aliento le falte.
Veloz como el pensamiento,
pone el caballo delante,
aprieta los fuertes goznes
de su peto de diamante,
embraza su fuerte escudo
y se previene al combate
en una encina guardando
sus espaldas formidables.
—Dios, que moras en la altura
entre soles rutilantes—
esclama el noble mancebo
en ademan suplicante;
—no permitas que sucumba
entre esta gente cobarde;
yo fundaré en este sitio
convento de austeros frailes,
en memoria de lo visto,

si salgo bien de este trance.—
Antes que la corta súplica
de pronunciar acabase,
diez lanzas arrojadizas
veloces pueblan el aire,
resbalando en su armadura
con silbidos penetrantes;
mas Dios en sus altos juicios
no escasea sus bondades,
para el que con fe defiende
sus sacrosantos altares.
Avanza un negro furioso,
pero sereno el alcaide,
tirándole una azagaya
logra al suelo derribarle;
y monta el fogoso bruto,
y contra los moros lánzase
en alto la fuerte espada,
terror de la gente alarbe;
pero los largos lanzones,
las puntas de los alfanjes
amenazan su existencia.....
¡Dios solo puede librarle!

.....

Oyóse ruido de gente,
y luego una voz vibrante
de un cristiano que gritaba:
Diez contra uno, ¡cobardes!

á mi, que Pulgar me llamo,
el de las hazañas grande.—
En este momento un golpe
rompió el yelmo del alcaide,
y sus facciones brillaron
encendidas de coraje,
sombreadas de cabellos
que en negros rizos le caen.
—Ese es *Gonzalo de Córdoba*—
un renegado muzárabe
dijo; y la turba espantada
deja el sitio del combate
hiriendo de sus caballos
los anchurosos hijares;
y con pánico terror
huyen al verse delante
del valeroso Pulgar
y de don Gonzalo el Grande,
que hasta la misma ciudad
llegan dándoles alcance.
Los amigos campeones
libres y alegres abrázanse,
volviendo llenos de gloria
á los cristianos reales.

—

IV

Á la vista de Granada
y de una cumbre en la altura,
un desierto monasterio
altivo eleva su cúpula.
Cércanle tristes cipreces,
gigante es su arquitectura,
y á meditacion convida
la solitaria *Cartuja*.
Mas allá está una colina
que forma una igual llanura,
sitio en que el bravo Gonzalo
mostró su destreza suma;
y allí, en la callada noche
brujas y vampiros cruzan,
envueltos en negros mantos
y de distintas figuras,
que acuden á conciliábulo
al dar el reloj la una.
Cuéntanse rancias consejas
que á los muchachos asustan,
y se oyen danzas alegres
y carcajadas confusas
y repica *el panderete*
diabólico *de las brujas*.

EPÍSTOLA.

—

A mi amigo D. E. S. de F.

EPÍSTOLA.

A mi amigo D. E. S. de L.

En un *Heraldo* antiquísimo
de cuya fecha no hay cálculo,
he visto un elogio estítico
de tus dramáticos párrafos,
que en el teatro del Príncipe
los aplaudieron magnánimos;
de tu talento científico
es el que dude un gaznápiro;
asi es que todos unánimes,
en tí esperan un Heráclito.

Siendo mi amistad muchísima,
para tí he de ser un caústico
con mi destemplada cítara,
que haga gastar tu metálico;
por lo cual siendo mi máxima
el escribir sin preámbulo,
cuando la péñola apática
desecha su tono enfático,
esta ocasion abre el pórtico
de mi silencio tiránico,
no para emplear la crítica
que no es ¡vive Dios! mi ánimo;
porque mi saber es hético
y mi cerebro está inválido,
sino para con esdrújulos
y con desiguales cánticos,
dar á tu númen poético
el mas alto beneplácito;
porque ha sabido clarífico
alcanzar triunfos dramáticos,
no en sociedades domésticas
cual un mísero escolástico,
sino que se eleva histórico
para dar en tono trágico
precisas y buenas máximas,
sabios consejos normáticos.

.....

Voy á hacerte el analítico

de mi destierro satánico,
y de mi vida misérrima
describir el drama tábido.
Vivo en una casa pésima,
mansion de agoreros pájaros,
falta de luces y víveres,
con unos muebles mecánicos;
una mesa y una jícara,
cuatro cazuelas y un cántaro;
cual de un capuchino austérico
el mísero receptáculo.
Esta relacion verídica
y de mi vida este tránsito,
hicieron salir las lágrimas
al principio de mis párpados,
y recordar de la Bética
las zambras y alegres cánticos,
y de los sueltos volátiles
las quejas y trinos cándidos:
y mis cabellos neváronse,
á pesar de ser un párvulo,
y me dijeron los médicos
iba á dar el postrer hálito.
Viendo reducir el círculo
y no tropezando el cálculo,
para de mi mente escuálida
ahuyentar tales preámbulos,
mudé de bisiesto súbito

y busqué el mundanal tráfago:
me dediqué á la bucólica,
sin importárseme un rábano
ver fístulas y cadáveres,
ni de esta vida los tártagos,
ni de un hospital pestífero
los pestíferos emplásticos,
y de hombre pusilánime
me volví hombre flemático.
Traté de amores á Úrsula,
sobrina de un eclesiástico,
mujer de mucho calórico
y de cerebro romántico.

.....

.....

Mas estos tiempos pasáronse
fugaces como un relámpago,
porque su tio Camándulas
olió mi amoroso tráfico.
Desde este dia tan lúgubre
me encuentro hecho un don Zángano,
cual una planta parásita
que desprecian los botánicos,
viendo de moros el cúmulo,
viendo ese cuadro prismático
que su vega fertilísima
brinda al que la mira estático.
Mas siendo llegado el término

para salir de este páramo,
donde me he vuelto decrépito
en veinte meses elásticos,
he de volver á la heróica
ciudad, del Betis ornáculo.
Adios, Eugenio carísimo,
que acaba mi canto rápido,
porque se acaban los términos
y no tropiezo los dáctilos.

Alhucemas, 1847.

¡MURIÓ DE AMOR!

Cancion.

¡Murió de amor!

CANCION.*

I

«En vano busco en la noche
alivio á mi mal profundo,
en vano busca en el mundo
consuelo mi corazon;
Y las horas que llegaron,
que tan rápidas huyeron,
los placeres que murieron
de mi primera pasion."

* Dedicada á mi amiga la Señorita Doña Maria Jover.

Asi cantaba,
de amor henchido
el pecho herido,
un trovador.
Eco suave
que lleva el viento,
triste lamento,
canto de amor,

II

«Oculta el sol sus fulgores
y no murmura la fuente,
no se escucha la corriente
del arroyo bullidor;
Solo suena en la enramada,
de tórtola el triste canto,
y de mi profundo llanto
el lastimero clamor."

—

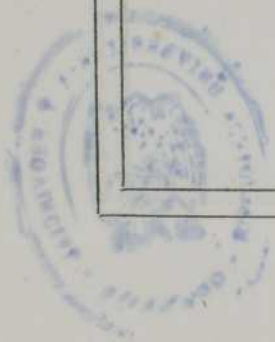
La voz sonora
que tan sentida,
de una partida
canta el rigor;
Pierde en la sombra
su dulce acento,
que lleva el viento
su ardiente amor.

III

«Solo en la muerte cercana
alivio mi mente alcanza,
que muerta está mi esperanza
y mi destino es morir.
Que vivir sin tus amores,
sin tus amantes caricias,
sin ese mar de delicias,
es un eterno sufrir.»

Asi cantando,
de amor henchido
el pecho herido,
un trovador;
Cual blanco cisne,
su último acento
llevóse el viento:
¡murió de amor!

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA PROVINCIAL CONCEPCIÓN



Á LA SALIDA DEL SOL EN LAS COSTAS

de Africa.

A la salida del Sol en las costas de Africa.

Ya de la aurora esplendente
se mira la luz rosada,
y reflejando en los mares
su claridad desparrama.
Ya se ven las altas crestas
por el nuevo Sol bañadas,
que entre varias nubecillas
de oro, de nácar y grana,
desciende á los verdes prados
para animar á las plantas;
y las gotas de rocío

entre las hojas pobladas,
como rica pedrería
las frescas flores esmaltan;
y alegres cantan las aves,
y los corderuelos saltan,
y se desliza el arroyo
entre toscas espadañas.
Bello es mirar de los moros
la vega verde y poblada,
y los inmensos rebaños,
y las alegres manadas
que hácia la orilla del mar
desde las montañas bajan;
y los riffeños gozosos
se ven llegar á la playa,
que alegres se purifican
y desenvueltos se bañan,
y con implacable encono
hácenle fuego á la plaza
en que tremola el pendon
de la triunfadora España;
que son siervos de Mahoma
y de la Cruz Sacrosanta
implacables enemigos
y rencorosos sin tasa,
y no olvidan un agravio
ni su grandeza pasada;
y allá en la alta colina

se ve la mezquita blanca,
como un brillante lucero
en la noche encapotada.
Y se oye del almueden
la voz acorde y pausada
que anuncia del claro Sol
la aparicion deseada;
y humillan todos la frente,
y con proterva plegaria
piden de las cien hurís
la mansion embalsamada.

.....

Ven, claro Sol, con tu lumbre,
ven con tu luz deseada,
y alumbra del nuevo dia
tan mágico panorama;
ven con tu faz majestuosa,
ven con tu frente abrasada
para ahuyentar de la noche
las pavorosas fantasmas,
para cambiar en placeres
los tormentos de mi alma.
Mírate ufano en el mar
sobre las crestas alzadas
y las inmensas regiones
que con tu poder abarcas.
Sacia tu potente orgullo;
mira en tu eterna jornada

á los hombres que caminan
á confundirse en la nada;
cuando en la altura triunfante
orgulloso te retratas,
cual una frágil coqueta
en el cristal de las aguas:
y al pasar esas regiones
que reverentes te acatan,
¡piensas que no haya poder
que á tu poder ponga valla!
Mas al llegar del Eterno
el dia de la venganzas,
al desquiciarse la tierra
y abrirse las cataratas
que han de vomitar á mares
espesa y ardiente lava,
de la mano del Señor,
no de tu fuego emanada,
verás roto ese fanal
que tu hermosura guardaba,
y tu lumbre oscurecida
en el abismo lanzada.

Mas ahora ven á alumbrar
tan mágico panorama,
para ahuyentar de la noche
las pavorosas fantasmas,
para cambiar en placeres
los tormentos de mi alma.

DESEOS.

DESEOS.

¿Á qué tornais á la memoria mia,
Puras fantasmas de mi ardiente amor?
¿Por qué, si el alma en su afliccion impia
Llora tu olvido y bárbaro rigor?

—

Y recuerda los dias que pasaron
De amor inmenso, de anhelante afan;
Que hondo sendero al corazon dejaron
Y siempre fijos en mi mente estan.

¡Horas de amor que el alma enardecida
En su delirio intrépida buscó!
¡Horas de amor y de contento y vida,
Tiempo feliz que por mi mal pasó!

—

¡Tiempo feliz en que pasion constante
Juró tu labio que mentido fué!
Goces soñó mi corazon amante
Y de olvido en un mar me desperté.

—

¡Ay triste del que en plácido beleño
Piensa la vírgen de su amor hallar!
Que si creó placeres en su sueño,
Halla mas desengaño al despertar.

—

Asi mi vida empozoñó tu aliento;
Asi tu imágen en mis sueños ví:
Maga impelida por el manso viento,
Junto á mi lecho contemplar creí.

—

Imágen ideal del alma mia;
Un mentido trasunto de otro ser,
Que creó mi exaltada fantasía
Y que miente el deseo una mujer.

—

Y al figurarme mi pasion colmada,
Huyó la encantadora falsedad,
Solo dejando al alma enamorada
Mas ardiente querer, mas ansiedad.

.....

Devuélveme tu amor, mujer querida,
Devuelve á mis sentidos la razon;
Ven á curar la dolorosa herida
De mi agitado y triste corazon:

—

Que quiero contemplar tu rostro hermoso;
Ver tus blondos cabellos ondear;
Y flexible tu talle y voluptuoso
Envidia al prado y á las flores dar.

Á LA ENTRADA EN GRANADA

DE LA SERENISIMA INFANTA

Doña Maria Luisa Fernanda.

Á LA ENTRADA EN GRANADA

de la Serenísima Infanta

Doña María Luisa Fernanda.

Ven, Princesa y Señora,
nuncio de paz, modelo de hermosura,
al pueblo que te adora,
y en su ilusion figura
que eres ángel del cielo desprendido,
á consolar al triste desvalido.

Benigna acoge de mi torpe canto
la inspiracion ardiente,
y el amoroso llanto
que oprime al corazon y el alma siente,
al recordar ferviente en mi memoria
el curso triste de tu triste historia.

Que en medio de tu pompa soberana
y el amor de este pueblo entusiasmado,
hay un pesar que á tu placer no hermana,
¡el recuerdo fatal de lo pasado!
Mas si borrarlo puede de tu mente,
con nuevas pruebas de su amor eterno
este pueblo español de altiva frente,
vuelva á tu faz la risa encantadora
que en raudales de gracias atesora.
Ya deja el labrador su tosco arado,
ya arroja sus pinceles el artista,
y de la fresca vega y el collado
vienen á veros, á admirar la Infanta
y besar con amor la regia planta.
Que en vano en el revuelto torbellino
que contra el trono las naciones labran,
tal vez será de reyes tu destino,
que en los altivos pechos castellanos
siempre reinan los buenos soberanos.
Y tú, madre y señora,
nuncio de paz, modelo de hermosura,
vuelve al pueblo tu faz encantadora,
que en su ilusion figura
que eres ángel del cielo desprendido
á consolar al triste desvalido.

Granada: Mayo de 1849.

EN UN ALBUM.

En un Album.

(*)

Temprana rosa nacida,
rica en matiz y en aroma
en el pensil de la vida,
blanca, inocente paloma
entre el ramaje escondida.

—

Ilusion del pensamiento,
ángel puro y bendecido,
que cruza el mundo perdido
á merced del manso viento
entre nubes suspendido.

(*) En el de la señorita doña Fernanda Gabarre y Pulgar.

¿Pides á mi pobre lira
versos que digan tu encanto,
cuando mi mente delira
y mi corazon suspira
y vierten mis ojos llanto?

—

Porque el sol de mis amores
con sus mágicos fulgores
está de sombras cubierto,
porque no crecen las flores
en abrasado desierto.

—

Y mi ardiente inspiracion
es al cantar tu hermosura
escaso y mezquino don,
si entre estas hojas figura
el canto del corazon.

—

Porque en triste desacuerdo
solo mi razon alcanza
cuando mis amores pierdo,
que vive un triste recuerdo
y que muere una esperanza.

—

.....

Perdona, niña inocente,
si en vez de flores, la lira
dice lo que el alma siente,
y del corazon ardiente
el afan con que suspira.

Tú, que en los primeros años
conservas las ilusiones,
que con pérfidos amaños
arrebatan las pasiones
con crueles desengaños;

—

¡Triste de tí al despertar
de este sueño delicioso!....
que los placeres buscar,
es sin brújula bogar
en este mar proceloso.

—

.....

Mas para mí entusiasmado
es honor centuplicado,
si entre trabajos diversos
figura un nombre olvidado
y das cabida á mis versos.

—

Y auque este don me sonroja
entre las brillantes flores
que el mundo ufano te arroja,
no desdeñes con rigores
mi pobre y humilde hoja.

Á MI AMIGO

D. F. L. de R.

Á MI AMIGO

D. F. L. de R.

Querido amigo: mi dolor profundo
Y de mi amor la sacrosanta llama
Quiero que sepas, quiero en mi amargura
Un ser hallar, que de mi mal se duela.
Yo adoro á una mujer, ángel celeste
De mi ardiente ilusion; pero al instante
Que quise ver la realidad desnuda,
Un insondable mar halló mi mente
De eterno llanto y de dolor eterno.
Es Isabel de angelical belleza,
Y la amo como adora nuestro cuerpo

Este calor que al corazon da vida,
Como la flor al matinal rocio,
Y como el navegante en mar remoto
El puerto salvador de su existencia.
Y ella tambien me amó, víctima siendo,
Como yo, de la suerte malhadada:
Ella sufre tambien, que asi inhumano
El destino cruel con sus rigores
El puerto nos mostró de la esperanza,
Para saciar mejor su horrible encono.
¡Oh tú, testigo de mis crudas penas!
¡Oh tú, de mis placeres compañero!
¡Tú, que el fondo conoces de mi alma,
Puedes pensar de mi afanosa vida
El tránsito cruel y la amargura,
Que término hallará solo en la muerte!
La saña impia del fatal destino,
De ella me separa, y sus acentos
Nunca jamás oiré; que voladora
Nave, surcando el mar embravecido,
Al mundo de Colon llevó á mi amada.
Y ese mundo es mi Eden; con el soñando
En la nocturna soledad umbria,
Enardecido y loco un ¡ay! exhalo,
Un ¡ay! del corazon.... ¡ay! lastimero,
Que rudo vá tronando y formidable.
Y palpitante, enamorado, ardiente
Tiendo los brazos y mi vista ansiosa.

Atravesando la estension inmensa
Del anchuroso mar y del espacio,
Miro su faz bañada en llanto tierno,
Su torneado cuello alabastrino,
Lívida su mejilla, y en su rostro
Leo el martirio que por mí padece
Y que vá sus encantos marchitando.
¡Isabel! ¡Isabel! Si á tu memoria
Llega de amor mi lánguido suspiro,
¡No te aflijas, por Dios, hermosa mia!
¡Que solo yo padezca, y que mis males
No marquen en tu faz encantadora
Del inmenso dolor la horrible huella,
Ni sientas esas lágrimas amargas
Que brota el alma en su dolor profundo!
Aun, Isabel, parece que te miro
Estendiendo tus brazos á la playa,
Inundados de lágrimas tus ojos,
Sobre la popa del bagel velero,
Y con el lino que regó tu llanto
Me enviabas tu último suspiro
Que dentro de mi pecho resonaba.
¡Y quién este martirio nos diria
Cuando luciendo clara y refulgente
La reina de la noche, tus acentos
Llenos de amor, de angelical dulzura,
Con amantes caricias se mezclaban!
¡Oh! ¡si volviesen las dichosas horas

En que al rumor del murmurante arroyo
Nuestras penas fugaces, los pesares,
Se pagaban con cándidos placeres,
Sin este fuego que tenaz me abrasa
Y sin esta ansiedad que el alma llora!
Serenos y felices nuestros dias
Deslizábanse entonces dulcemente,
Y nuestros corazones exaltados
Agotaban el mar de los amores.
¡Qué promesas, mi bien! ¡qué juramentos
Nos hicimos allí! ¡quién en el mundo
Anularlos podrá! ¡quién insensato
Quiere osado cortar el raudo vuelo
Del águila altanera, ó en la cima
Del elevado monte con sus manos
El viento detener que ronco ruge!!....

.....

Préstame tú consuelo, caro amigo;
Compadece mi mal; dame un consejo;
Un consejo que calme mis pesares,
Que torne al pecho su apacible calma,
Que por mil afecciones combatido,
Sin padres.... sin amigos.... sin la hermosa
De la ilusion ferviente de mi vida,
En vano busco en el desierto mundo
Alivio á mi dolor, y al llanto mio.

Sevilla 1843.

ORIENTAL.

ORIENTAL.

I

Ya la luz del sol naciente
esplendente,
muestra su rojo fulgor,
y entre guijuelas de oro
va sonoro
el arroyo bullidor.

Mil aromas seductores
de las flores,
embalsaman el jardin,
y se ostenta en la espesura
la hermosura
de la acacia y el jazmin.

Murmura la mansa fuente
dulcemente,
entre el mirto y el rosal,
se escucha el alado coro
que canoro
resuena en el matorral.

Trisca alegre el corderillo,
que sencillo
va de placeres en pos,
y en agua, flores y viento,
el portento
se ve del Supremo Dios.

Engalana la pradera
hechicera
la sultana del harem,
late su pecho agitado,
estasiado
con los sueños de un Edem.

Sobre su mano de nieve,
peso leve
es su cabeza gentil,
y está en su dolor tan bella,
que destella
como reina del pensil.

Tal vez su pecho se agita
y palpita
en fuego ardiente de amor,
y llora su vida esclava,
que no acaba
con su angustioso dolor.

—

¡Pobre loca enamorada,
desgraciada,
que al ver un moro pasar
al pié de su celosia,
de alegria
sintió el pecho palpitar!

—

.....

Y ese moro tan amado
y deseado,
se ve del bosque al traves
que contempla á su señora
seductora,
y viene á echarse á sus piés.

—

—Ven, rosa de encantos llena,
azucena
blanca y pura del pensil;
ven, mi garza entristecida,
palma erguida
de esbelto talle gentil.

Vente conmigo, sultana,
flor galana
que el manso viento meció,
y en el verjel de la vida,
bendecida
por el mismo Alá creció.

—

Yo ceñiré á tu garganta
joya tanta,
que su brillo envidiarán,
y ostentarás un palacio
de topacio
y reina te aclamarán.

—

Mil esclavos orgullosos,
presurosos
tus órdenes cumplirán,
y enriquecidos joyeles,
y doseles
á tus plantas rendirán.

—

Solo de tí una mirada
tan ansiada,
te pide mi ardiente amor;
y pura como la brisa
la sonrisa
de tu labio encantador.

Que abrasado en tu hermosura,
flor mas pura
que el gallardo tulipan,
paso la noche llorando
y buscando
alivio á mi ardiente afan.—

—

Miró la bella sultana
la temprana
belleza del paladin,
y entre deseos luchando,
y llorando
alzó su cabeza al fin.

—

—¿Quién á su reina y señora
la traidora
voz se atreve á levantar,
y pretende en su locura
la amargura
de la sultana causar?

—

¿Ignoras, altivo moro,
el decoro
que debes á mi virtud?
¿y no te anuncian mil males
las señales
de mi marcada inquietud?

Huye, infeliz, de esta tierra,
que me aterra
verte á mis piés sonreir:
huye, loco enamorado,
¡desgraciado!
¡mira que vas á morir!—

—

—¿Qué es sin tí, garza querida,
esta vida?
¿qué me resta en mi afliccion,
si en vano en ardiente anhelo
un consuelo
no encuentro en tu corazon?
.....
.....
.....

II

Se oyen amantes suspiros,
un beso ardiente resuena,
cuyo confuso sonido
va á perderse entre la selva.
....
Se abre el frondoso follaje,

y con faz mudada y fiera
aparece Sodaif
cual una estatua de piedra.
Brillan sus ardientes ojos,
y la gumia en la diestra,
en medio se precipita
como una hostigada hiena.
—¡Muere, Abdelmelic, cobarde!
porque así un esclavo venga
los agravios á su dueño,
de su señora la afrenta.
El me hizo de su honra
avanzado centinela,
y tengo que conservarla
sin tacha, pura é ilesa.—
Dijo, y el mísero amante
herido cayó en la tierra,
dando el postrimer suspiro
en los brazos de *Zulema*.

HONOR Y ADULTERIO.

Honor y Adulterio.

La luz del sol tras el alzado monte
Oculta sus fulgores diamantinos,
Y en el opuesto y cóncavo horizonte
Reflejan sus colores purpurinos.

—

Una mujer en la mullida alfombra
Del verde prado, su rodilla inclina,
Y se proyecta su gallarda sombra
En la cercana fuente cristalina.

El profundo dolor marcó su huella
En aquella infeliz que triste llora,
Y sensible de amor á la querella,
Arrepentida, compasion implora.

—

Y esa mujer que un ángel parecia
Vendió el honor del hombre descuidado:
¡Y quién su honor en las mujeres fia
Si ha de ser por pasiones destrozado!

—

Y en su inmenso dolor y desconsuelo
Llanto de fuego el corazon derrama,
Y levantando su mirada al cielo
Entre gemidos la infeliz esclama:

—

«Ven, noche oscura, con tu negra sombra,
Con tu eterno misterio y paz umbria;
Ven, y del alma mia
Oculta la ponzoña maldecida;
Y entre sombras perdida
Quede en profundo olvido mi memoria,
Y de mi vida la funesta historia.
Apresura tu paso majestuoso,
Puebla de espesas nieblas el espacio,
Que no luzca el cortejo esplendoroso
De brillantes estrellas,
Y que la luna blanca y trasparente
Apague su fanal resplandeciente.

Yo en eterna vigilia
Mi llanto verteré, mi inútil llanto
Que surcando mi rostro envejecido,
Cuando mi voz en súplica levanto
A ese Dios entre soles suspendido,
No hallo en su faz temida
Dulce perdon de mi pasada vida.
¿Por qué brindas ¡oh mundo! con placeres
Y rindes homenaje á la hermosura
De las pobres mujeres,
Si con planta insegura,
Aunque pisando flores,
Van á morir en el verjel de amores?
Pura, inocente cual la blanca rosa
Que abre su cáliz al naciente dia,
La aurora fué de mis primeros años;
Mi alma candorosa en el amor creia
Sin temer sus engaños,
Sin sentir esas pérfidas pasiones
Que hieren á los pobres corazones.
Mas esas horas rápidas pasaron
Cual humo en alas del furioso viento,
Y tan solo dejaron
En su curso violento,
Triste recuerdo de la dulce calma
Que en otros tiempos disfrutó mi alma.
Y hora, infeliz, en mi cruel martirio
Oigo una voz que ¡*adúltera*! repite;

Y pienso en mi delirio
Que este nombre murmura la corriente
Del arroyo parlero,
Y miro este letrero,
En el cristal de la tranquila fuente.
En lastimero coro
Al despuntar de la naciente aurora,
Con cántico sonoro,
Lo repite la turba voladora
Que entre los bosques mora,
Y al demandar á Dios algun consuelo
Lo veo escrito en el azul del cielo.
¿Por qué el amor que tanto desearon
Los hombres, pagan con cruel desvio?
¡Porque las gradas del altar pisaron,
Y de ellas esposos se bajaron
Con el lascivo corazon vacío !!.....

.....

¿No hay nada mas allá, nada que apague
Este tenaz y abrasador deseo,
Que al corazon halague?
¿Estas sombras de amor, que hermosas veo,
Han de ser ilusion del alma mia,
Y sueños de mi ardiente fantasia?
Con este pensamiento
Se perdia mi mente enloquecida,
Y ansiaba ese momento
Feliz, que amor á la mujer convida.

Y repitió una voz en la espesura
Del matorral sombrío :
—Débil mujer, que el ánima insegura
Avasalla tu amor y tu albedrío:
Sigue del mundo la falaz corriente
Cual frágil hoja que arrebata el rio,
Y de tu amor ardiente
Goza feliz, pues con furor tirana,
La dura muerte te herirá mañana.
Goza, mujer; el mundo fementido
Paga tributo al mal; la virtud solo
Consigue eterno olvido,
Esclavitud, humillacion y dolo:
Sigue de las pasiones el camino,
Que la vida es bien corta,
Y si es de ella mísero el destino,
El fallo de los hombres poco importa.—
Y de esa dulce voz al dulce acento
De amor oí angélicos cantares,
De amor que lleva el viento,
Y que dura un momento,
Mas que puro enajena
Y llega al corazon y lo envenena.
Y á su grata armonía,
Mis sagrados deberes olvidando,
Sentí que el porvenir desparecia;
Con sus acentos mágicos gozando,
Enamorada, impura, sonreia,

Sin pensar que una nube aterradora
Sobre mi sien su furia preparando,
Iba á lanzar su rabia destructora
Y á reventar el rayo furibundo
Y á retumbar el trueno tremebundo.
Y en loco desatino
Crucé del mundo el áspero camino;
Busqué la realidad entre la niebla
Y densos nubarrones,
Que ocultan nuestras bellas ilusiones.
Y de inmenso placer entusiasmada,
Y de esperanza el corazon henchido,
Seguí á una sombra bella y deseada
En los revueltos mares del olvido.
Era una estrella clara y refulgente
De mágico esplendor, brillante estrella,
Que aunque mata su luz resplandeciente,
La muerte es dulce si la causa ella.
Mas ¡ay! que viene la vejez impía,
Y el hombre, adulador de la hermosura,
Mira con calma fria
A la pobre mujer en su amargura,
Y gozando tal vez en sus dolores,
Olvida su palabra y sus amores.
Y abandonada, errante
Cruza el desierto de la larga vida
Con planta vacilante,
Con la virtud perdida;

Y la voz del *honor* grita incesante
Dentro del alma herida,
Y en sus males prolijos
Vergüenza tiene de sus propios hijos.
¡Ven, noche oscura con tu negro manto,
Y en tu silencio grave y misterioso
Ocultaré mi llanto;
Apresura tu paso majestuoso,
Que aquí en mi corazon con violencia
Oigo el grito tenaz de la conciencia!
¡Y tú, Dios enemigo,
Que eres de mis dolores el testigo,
Si no hay consuelo para mí en la vida,
Si es incurable tan profunda herida,
Vibra tu mano airada,
Y confunde á esta pobre desgraciada!!"

—

El sol se oscureció, tembló la tierra,
Y negras nubes con furor chocaron,
Y unas con otras en potente guerra
El rayo furibundo prepararon.

—

Los vientos se estrellaron con los vientos,
Se abrió del cielo la ancha catarata,
Y cruzaron relámpagos violentos
Entre flotantes nubes de escarlata.

—

El Dios de Sabaoth con mano airada
Lanzó á aquella mujer el rayo ardiente,
Y con ira del cielo fué abrasada
La esposa infiel, y madre delincuente.

ANACREÓNTICA.

Anacreóntica.

Que duerma allá tu madre
en retirada alcoba,
y que roncando pase
la siesta calurosa,
sin pensar que á mi lado
estás, mi dulce Flora;
que duerma, y no recele
nuestra amorosa broma;
que ya de la bodega
la bota mas jugosa
trage, y mi amor te brinda
con la espumante copa.

Chispas tus ojos vierten,
sales tu dulce boca,
y tus tersas mejillas
son dos fragantes rosas.
Gocen allá en palacios,
con luces, con alfombras,
del baile las delicias,
de las amantes trovas;
que aqui los dos unidos,
de un parral á la sombra,
mas placer que en sus fiestas
Amor nos proporciona.
Vaya el jugoso cuero,
y venga el vaso, hermosa;
mas antes con tus labios
sus anchos bordes toca,
y venga de esa mano,
que á la nieve sonroja,
y entre amores y vino
pasen raudas las horas,
que la vida á tu lado
siempre parece corta.

Ya creo que estoy viendo
de un baile las antorchas,
y allá lejos, muy lejos,
un coro de matronas
que danzan en un valle
sobre la verde alfombra,

y resonante escucho
la belicosa trompa
que guia de vampiros
negra y flotante tropa.
Vamos, vaya otro trago,
que no quede una gota,
y si faltan las piernas,
la cabeza nos sobra.
Mas vete, vida mia,
que el vino me trastorna,
y siento ya del sueño
la magia seductora.
Y que duerma tu madre
en retirada alcoba,
sin que haya recelado
nuestra amorosa broma.

GARCI LASO DE LA VEGA.

—

Leyenda histórica.

Garci Laso de la Vega.

LEYENDA HISTÓRICA.

ROMANCE I.

DON PEDRO I DE CASTILLA. ALBURQUERQUE.
GARCI LASO DE LA VEGA. MANRIQUE.
CARRILLO.

Ya de Burgos la campiña
pródigo florece mayo,
y mil encantadas flores
aromatizan los prados.
El Arlazon bullicioso
sigue su curso pausado
entre chopos y frutales
y al pie de frondosos álamos,
y cantan en la espesura
multitud de alegres pájaros.

Del nuevo sol los reflejos
brillan en lucientes cascos,
y en bruñidas armaduras,
y en ondulosos penachos,
que llevan mil paladines
sobre briosos caballos.
Son los deudos y parientes
del valiente Garci Laso,
que hácia el pueblo de Celada
van en silencio marchando.
Brillante es la comitiva
de señores y de esclavos,
y briosos los corceles,
y variados los mantos,
que á merced del manso viento
van graciosos ondeando,
y luciendo los vistosos
enriquecidos bordados.
Rui Gonzalez Castañeda,
Ruiz Carrillo el esforzado,
Pero Ruiz de Villegas,
ricohomes fijodalgos,
que contra el rey de Castilla
en la ciudad conspiraron,
con don Juan Nuñez de Lara,
á favor de los bastardos;
van por Laso de la Vega,
valiente, capitaneados.

LASO.

¿Qué te parece, Carrillo,
que á ese don Pedro digamos,
de las revueltas que en Burgos
han perturbado los ánimos?

CARRILLO.

Creo, señor, que no bastan
razones á un rey tirano,
que con muerte de mujeres
inaugura su reinado:
y mal podré en mi despecho
lo mejor aconsejaros,
cuando yo de esta jornada
desgracias solo presagio.

LASO.

Es don Pedro caballero,
y en corazones hidalgos
es una ley sacrosanta
el perdonar los agravios.

CARRILLO.

¿Y pensais que el favorito,
de oro y de venganza avaro,
no aconseje fementido
y no se vengue inhumano?

LASO.

Vamos marchando, Carrillo,
que nunca temores vanos
pueden humillar el noble
corazon de los cristianos;
y si es morir mi destino,
tranquilo mi muerte aguardo;
mas no falto fementido
á un juramento empeñado.
Desde Sevilla mandome
el rey don Pedro, un vasallo,
y con él un pergamino,
diciéndome que informado
se hallaba de cuanto en Burgos
estaban contra él tramando:
y yo le juré obediencia,
y he de cumplir ¡voto al diablo!
con buena ó con mala estrella,
mi palabra de soldado.
Y esto diciendo el caudillo,
hermoso, jóven, gallardo,
hiere al fogoso alazan,
y parte al galope rápido.
Ya llega la comitiva
á un verde y frondoso llano,

en que se halla don Pedro,
dando á sus tropas descanso.
Y mil bravos caballeros
y numerosos criados,
con brillantes armaduras
y con trajes variados,
se bajan de los corceles
con gracia y desembarazo,
mal ocultando sus rostros
el odio reconcentrado.
El rey sale de su tienda
seguido de sus soldados,
y de un inmenso concurso
de ugieres y cortesanos.

ALBURQUERQUE.

Señor, parece esa gente
con tanto orgullo y boato,
mas que ofreceros honor
que quiere solo insultaros.

DON PEDRO.

Ya probarán los traidores
el furor de un castellano,
y los feudales señores
cual sus fueros despedazo;

que si en larga esclavitud
he vivido tantos años,
al ceñirme la corona
temblar haré á mis vasallos:
decid que si hablarme tienen,
dispuesto estoy á escucharlos.

.....

Llegan los nobles caudillos
y besan la regia mano.

LASO.

Señor, la ciudad de Burgos
espera con entusiasmo
que os digneis entrar en ella,
y estos mis deudos y hermanos,
hacienda y vida os ofrecen
y sus castillos y estados.

DON PEDRO.

Serán tal vez los señores
que contra mí conspirando,
se alegraban de la muerte
del enfermo soberano,
y para heredar el trono
proclamaban á un bastardo.

.....

Ya con huestes aguerridas

vengo, oh grandes, á probaros
que está vivo el rey don Pedro,
y que es de venganza rayo.—
A tan tremendas palabras
Los burgaleses callaron,
y sordas imprecaciones
se escaparon de sus labios.

MANRIQUE.

Mal pagas el de la Vega
el favor del soberano,
y nombrarte de Castilla,
vil traidor, Adelantado.

LASO.

Tened, Manrique, la lengua,
y por Cristo reportaos,
que soy ¡par diez! caballero
y tales cosas no aguanto.—
Se contemplaron furiosos
don Manrique y Garci Laso,
que eran los dos enemigos
y en opiniones contrarios,
y hubieran en su despecho
tal vez venido á las manos,
mas del rey una mirada
fué suficiente á estorbarlo.

Poco despues los caudillos
aun intranquilos los ánimos,
hácia la ciudad de Burgos
van en silencio marchando
á banderas desplegadas
y con las lanzas en alto.

ROMANCE II.

DON PEDRO I DE CASTILLA. GARCI LASO DE LA VEGA.

En un salon forrado de damasco,
Bajo un dosel de rojo terciopelo,
En la casa que llaman *del Obispo*,
Con torva faz se halla el rey don Pedro.
Cércanle numerosos cortesanos,
Que aduladores son del regio puesto,
Y en la presencia del Leon de España
Guardan todos un pánico silencio.
Se abre una puerta, y por la sala avanza
Con el sereno rostro descubierto
El noble Garci Laso de la Vega,
Cumpliendo de don Pedro el mandamento,
Y á su presencia la rodilla inclina,
Y muestra ufano su ademan resuelto,
Y está en su porte varonil grabado
De nobleza y valor el sentimiento.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA VALENCIA

LASO.

Hanme dicho, señor, que me llamábais,
Y vuestras mismas órdenes cumpliendo,
Aqui ya me teneis.

DON PEDRO.

Alzad, vasallo;
Que aunque fuiste traidor, mostrarte quiero
Que perdono clemente y compasivo,
Aunque *Cruel* me nombra el torpe pueblo.
Solo una condicion tu rey te impone,
Y tienes que jurar su cumplimiento;
Mas si osas faltar á tu promesa,
Al verdugo de Burgos doy tu cuello.
Dícenme que se juntan en corrillos
Hidalgos y pecheros descontentos,
Y que esta noche en la postrera hora
Gritarán por las plazas esos perros.
Yo Adelantado te nombré en Castilla;
Y tienes mil parientes y mil deudos,
Que, aunque todos mezquinos y villanos,
Contra el trono conspiran en secreto:
Tú con tu vida y con tu hacienda pagas
De los desmanes que produzcan ellos.

LASO.

Nadie la voz levantará esta noche;
Por mi vida, señor, os lo prometo;

Y seré de las calles centinela
Y el primer defensor de vuestro reino.

DON PEDRO.

¿Asi lo prometeis?

LASO.

Asi lo juro
Por la sagrada fe de caballero.

DON PEDRO.

Marchaos, jóven guerrero, y vuestra vida
Muchos años conserve el Dios Eterno;
Y decid á los nobles de Castilla
Que soy mas que tirano, justiciero.—
Y fuese Garci Laso, y sus pisadas
Resuenan en el ancho pavimento,
Y al cruzar por las largas graderias
Las repite en sus bóvedas el eco.

ROMANCE III.

GARCI LASO DE LA VEGA. LEONOR.
DON PEDRO. ALBURQUERQUE.

Oscura, triste, solitaria noche;
Todo en silencio está, solo resuena
El viento que en las torres elevadas
Hace girar las frágiles veletas,
Y la voz que en los altos murallones
De la ciudad repite el centinela.
En una calle angosta y apartada
Rechinan los cerrojos de una puerta,
Y por ella dos hombres embozados
Recatando su rostro las viseras,
Se ven salir, y por la calle avanzan
Envueltos de la noche en las tinieblas.
El mas jóven, valiente y esforzado,

De gallardo ademan, noble presencia,
Es don Pedro Primero de Castilla,
Que por sí mismo examinar desea
Si cumple su promesa Garci Laso,
Ó si hay alguno que á mover se atreva.
El otro es Alburquerque el ambicioso,
Que al pobre rey en su orfandad gobierna
Y le enseña á reinar con crueldades,
Y adulador mil crímenes inventa,
Para burlarse del comun de Burgos,
Para humillar del pueblo la nobleza.
Tal vez en busca marchan los hidalgos
De alguna ardua y arriesgada empresa,
Que el rey es en amores atrevido
Y confia en su espada y buena estrella.
Al final de una calle solitaria
Se ve una luz en la entreabierta reja,
Y una mujer que con afan prolijo
Del pausado reloj las horas cuenta.
Son sus ojos brillantes y rasgados,
Y negra su ondulante cabellera,
Que en descuidados rizos voluptuosos
Las formas de su cuello contornean,
Y en su seno de nácar y alabastro
Palpita el corazon con violencia,
Y gira sus miradas afanosas
Por dos calles contrarias y desiertas:
Es doña Leonor, la fiel esposa

Del jóven Garci Laso de la Vega,
Que abandonando su desierto lecho,
Con angustia mortal su vuelta espera.

.....

Y los dos embozados caballeros
Al final de la calle se presentan,
Y avanzando resuenan su pisadas
Y el pausado compás de sus espuelas.
Al ver de Laso la mujer hermosa,
Que sus hechizos con su afan aumenta
Al resplandor escaso y misterioso
De aquella luz que apareciendo incierta
Entre la oscura sombra de la estancia
En una faz de vírgen reverbera,
A requerir de amores á la dama
El noble rey intrépido se llega.

DON PEDRO.

¿Puede escuchar mi señora,
Sin mirarme con enojos,
El afan que me devora?
¿Puede volver esos ojos
A quien ferviente la adora?
Mal en la noche callada
Ocultais rostro tan bello,
Que mi alma enamorada
Esperará entusiasmada
Al nuevo dia por vello.

Y no toméis por agravio,
Señora de mi albedrío,
El fuego del amor mio,
Que del alma dice el labio
El ardiente desvarío.

LEONOR.

Proseguid vuestro camino.

DON PEDRO.

¿Sin siquiera una esperanza?

LEONOR.

Que no estais cuerdo imagino.

DON PEDRO.

¿Y nada mi amor alcanza?

LEONOR.

Id en brazos del destino.—
Dijo la hermosa dama, y con desprecio
La ventana cerró con tanta fuerza,
Que despechado se quedó el monarca
Con furor meneando la cabeza.

DON PEDRO.

Alburquerque, ¿quién es esa orgullosa
Que mis amantes súplicas desprecia,
Que tan altiva y con desden tan grande
Responde de su rey á las ternezas?

ALBURQUERQUE.

Es la esposa de Laso.

DON PEDRO.

¿Del que hice
De la ciudad de Burgos centinela,
Y de calmar al pueblo alborotado
Me dió palabra y me juró obediencia?

ALBURQUERQUE.

Del mismo, gran señor.

DON PEDRO.

¡Par diez! me alegro,
Y he de rendir tan grande fortaleza.—

.....

Confuso ruido y el pisar de gente
Se percibe, que crece y que se acerca,
Y avanzan con los rostros recatados
Tropel de hombres por la calle estrecha.
Era una ronda que mandaba Laso,
Cuidadoso cumpliendo su promesa;
Y dos sombras se acercan misteriosas
Con planta firme y á reñir resueltas.

LASO.

¿Quién va contra don Pedro de Castilla,
Con las lucientes armas encubiertas?

DON PEDRO.

Dos hidalgos de Burgos.

LASO.

Descubrios.

DON PEDRO.

Eso no puede ser mientras mi diestra
El hierro empuñe y el valor me sobre
Y no se rinda mi sin par fiereza.—
Cruzáronse en el aire los aceros,
Habló la espada, enmudeció la lengua;
De ira comprimidos los alientos,
Ni una palabra proferir pudieran:
Y en la noche tan solo se escuchaba
El confuso rumor de la pelea:
Un tajo y otro tajo se tiraban
Con fuerza colosal y rabia estrema,
Hasta que desarmado el favorito
Solo á don Pedro en el combate deja;
Pero en la lucha desmayar no puede,
Y cual cerdoso jabalí que espera,
En la pared guardando las espaldas
Late la sangre en sus hinchadas venas.

DON PEDRO.

¿Quién al leon tremendo de Castilla
Detiene el paso y á su vida intenta?—

En este instante se descubre el rostro,
Que brilla al resplandor de las linternas;
Y todos á su vista estremecidos
Con pánico terror las armas sueltan.

LASO.

Perdonadnos, señor: el juramento
Cumpliendo que os presté, la noche en vela
Paso guardando la ciudad de Burgos.—
Mira don Pedro con la faz severa
Los nobles humillados á su vista
Y que á sus plantas azorados tiemblan,
Y la calma perdida recobrando
A aquella turba con desden contempla.

DON PEDRO.

Cumples como leal y buen vasallo,
Y tu celo tendrá su recompensa:
Levanta la rodilla, noble Laso,
Y tu temor y tu cuidado deja;
Mas si aprecias la vida, te aconsejo
Que esta aventura entre el misterio muera
De la callada y solitaria noche,
Y con silencio eterno el labio sella:
Mas cuenta que mañana en su palacio
No el caballero sino el rey te espera.—
Dijo don Pedro y se cubrió el semblante
Sin esperar de Laso la respuesta,

Y con el asombrado favorito
Se pierde de la noche entre la niebla;
Pero el recuerdo de la hermosa dama
En su memoria y en su alma lleva,
Y por vencerla con placer daria
El brillante esplendor de su diadema.

ROMANCE IV.

GARCI LASO. LEONOR.
UN ESCUDERO.

LASO.

Ven, mi Leonor querida,
Ven, mi esposa enamorada,
Que huyeron ya de la noche
Las pavorosas fantasmas.
Deja que mire en tus ojos
Ese fuego que me abrasa,
Y que aspire de tus labios
El perfume que derraman.

LEONOR.

¡Cuánta zozobra he pasado
En esta noche tan larga,
Y con qué angustias las horas

He contado desvelada!
¡Porque tu vida es mi vida,
Y si la pierdes me matas!
Al oir confusamente
Mandobles y cuchilladas,
Palpitaba el corazon
Y se estremecia el alma,
Que creia que la muerte
Á mi esposo me robaba.

LASO.

Era preciso, amor mio,
Cumplir al rey la palabra,
Y jamás dirán que Laso
Á sus juramentos falta.

LEONOR.

¿Y ese confuso ruido
Y chocar de las espadas,
Qué fué que tanto asustome?

LASO.

¡Ay Leonor adorada!
Que quiero tal aventura
De mi memoria borrarla:
Baste saber que dos hombres
Embozados en sus capas,
Recataban el semblante
Y á mostrarlo se negaban.

LEONOR.

Tal vez serán los que ahí mismo,
Debajo de esa ventana,
Me requirieron de amores
Cuando tu vuelta esperaba.

LASO.

¿Qué dices, esposa mia?

LEONOR.

Contarte el deber reclama,
Como amante compañera,
Cuanto en tu ausencia me pasa.

LASO.

¿Y tú qué les contestastes?

LEONOR.

Que prosiguieran su marcha,
Y con altivo desden
Me escondí ruborizada.

LASO.

¡Tú no sabes, Leonor,
Que ese amante era el monarca,
Y todo de él lo temo
Y de su furia inhumana!

¿Oyes el agua que cae
Y la tormenta que brama,
Y el huracan que retumba
En las torres elevadas?
Todo me anuncia mil males
Y mil penas me presagia.—
Asi hablaban los esposos
En el fondo de su estancia,
Cuando una puerta se abrió
Y portador de una carta
Apareció un escudero.

LASO.

Entra y dime quién te manda.

ESCUDERO.

Con recado de la reina
Viene una encubierta dama,
Y suplica que este pliego
Os entregue sin tardanza.

LASO.

¿Espera ahí la respuesta?

ESCUDERO.

Solo dijo la enlutada,
Que deseaba saber
Si ha sido desempeñada
Fielmente mi comision.—

Tomó el sello de sus armas
Laso, y lo imprimió en el sobre,
Y sin pronunciar palabra
Se lo entregó al escudero,
Que volviendo las espaldas,
Al marchar cerró tras sí
Con silencio la mampara.

LASO.

No sé qué siento ¡ay de mí!
¿Por qué la mano me abrasa
Este papel misterioso?—
Y con voz ronca y pausada
Laso leyó en alta voz
Aquel escrito á su amada.
«*Si apreciais la libertad*
Y si la vida no os cansa,
Aunque os llamen á palacio,
En él no pongais la planta,
Que entre sus regias paredes
Tal vez la muerte os amaga."
Reinó un profundo silencio,
Que advertencia tan estraña
Hiela la sangre en las venas
Y los sentidos embarga
Del intrépido guerrero
Y de su esposa angustiada:
Pero el señor de la Vega

Presuroso se levanta,
Que nunca ante los peligros
Su fiero valor desmaya;
Mas los ojos de su esposa
Preñados estan en lágrimas,
Y opreso su corazon
Entre temerosas ansias.
Y de pronto á Garci Laso
Un pensamiento le asalta:
No es posible que á su vida
Atente con furia tanta
Quien perdonó compasivo
Y alargó su mano franca
A los mismos que su muerte
Ambiciosos anhelaban,
Porque en sus venas circula
Noble sangre castellana.
Mas no sabe el desgraciado
Que solo es el rey de España
Un favorito ambicioso,
Que de hiena las entrañas,
Con dañado corazon
Se dispone á la venganza:
Viste Laso su armadura
Y espesa cota de malla,
Recordando que don Pedro
En palacio le esperaba,
Y con tranquilo ademan

Para marchar se prepara.

LASO.

Enjuga el llanto, Leonor,
Que tus párpados derraman;
Enjúgalo, por tu vida,
Vuelve á recobrar la calma,
Que no cabe en noble pecho
Accion tan torpe y tan baja.
Yo parto ahora á palacio,
Que á él mi deber me llama,
Y si morir es mi suerte,
Morir con honor, es nada.

LEONOR.

No vayas, no, dueño mio,
Que allí la muerte te aguarda.
¿Oyes el agua que cae,
Y la tormenta que brama,
Y el huracan que retumba
En las torres elevadas?
Todo me anuncia mil males
Y mil penas me presagia.
Dirigió el noble caudillo
A su esposa una mirada,
Y la estrechó entre sus brazos,
Y besó su mano blanca,

Y de ella se separó;
Echó al rostro la celada,
Y ya lejos se percibe
El compás de sus pisadas.
Pero Leonor afligida
Pesarosa le gritaba.

LEONOR.

Aunque en palacio te esperan,
En él no pongas la planta,
Que entre sus regias paredes
La dura muerte te amaga.

ROMANCE V.

DON PEDRO. ALBURQUERQUE.

DON PEDRO.

Doblad mis guardias; ciérrense las puertas;
Preparad las espadas y las bronchas;
Y prended á Fernando de Medina;
Y detrás de esa puerta que se esconda
El alcalde Domingo Salamanca,
Y diez soldados con las armas prontas;
Y que Alfonso Fernandez de Camargo
El que el *Izquierdo* el populacho nombra,
Con Alonso Fernandez Escribano,
Llevadlos sin piedad á una mazmorra;
Que hoy es el dia en que vengarme quiero
De esa turba villana que alborota.
Si llega Garci Laso de la Vega,

Aqui me esperará: las puertas todas
Se abrirán á su entrada; á su salida,
Cual fuerte muro quedarán sus hojas.
Tú, mi querido Alfonso de Alburquerque,
Que sabes mi pasion abrasadora,
Y el desden altanero de una dama
Que es de un vasallo la leal esposa,
Tú conmigo vendrás, que en tí confio
Mi amistad, mi secreto y mi persona.

ALBURQUERQUE.

¿Y qué intentais hacer?

DON PEDRO.

Ir, y á las plantas
Echarme de la bella Eleonora,
Y ofrecerla el amor del soberano,
Su riqueza, su trono y su corona.
Garci Laso en palacio detenido
Por mis guardias será, cuando ella sola
Entre el lujo y riqueza de su estancia
Estará en su tristeza mas hermosa.

ALBURQUERQUE.

Señor: será mancilla que don Pedro,
El que mandar á sus vasallos toca,
Pida de gracia lo que exigir debe,
Y fuera en vos hazaña vergonzosa.

DON PEDRO.

¿Y qué me aconsejais?

ALBURQUERQUE.

Sois de Castilla
Esclarecido rey ; es ya la hora
Que prueben esos grandes ambiciosos
Cuánta es de su señor la fuerte cólera.
Esa mujer, la libertad , la vida ,
Con vuestro amor, de su marido cobra :
Vos sois jóven , valiente y esforzado ,
Y querer á don Pedro no es deshonra ;
Mas si obstinada con tenaz orgullo
Se negase á ceder, con mano pronta
vuestra justicia descargad airada ,
Y muera al punto Laso , si os estorba.

DON PEDRO.

Venga la fuerte espada damasquina ,
Venga el birrete de la azul garzota ,
Mi corpiño encarnado , y no se olvide
El traerme tambien mi capa roja.—
Poco despues caminan cautelosos
Por calles desusadas y tortuosas ,
Y detienen su marcha ante una casa
Y sus aldabas con estruendo tocan.
—¿Quién es?—dice una voz.

El rey don Pedro.—
Á este nombre la puerta poderosa
Se abre de par en par, y los hidalgos
Penetran en la casa silenciosa.

ROMANCE VI.

DON PEDRO. LEONOR.
ALBURQUERQUE.

En un sofá de rico terciopelo
Cuenta Leonor las horas,
Y en su acerbo dolor y desconsuelo
Mil fantasmas, de muerte aterradoras,
Vagan y cruzan por la mente herida
Y llora la infeliz entristecida.
Reclina su cabeza
En los cojines de plumon mullido,
Y su dolor aumenta su belleza:
Es un ángel del cielo desprendido,
Para el amor nacido;
Flor que creció del mundo en los jardines,
Plantada por aéreos querubines.
Y engalanó este suelo
Henchida de virtud, de honor dechado,

De las fieles esposas el modelo,
Encanto deseado
Del señor de la Vega que la adora
Y de su nombre es la guardadora.
Y aplicando el oido,
Pasos siente en la larga gradería;
Y al compasado ruido,
Su corazon recobra la alegria
Y en el pecho redobla su latido,
Y huye de su frente la tristeza,
Y anhelante levanta la cabeza.
Y piensa ver radiante de hermosura
Entrar á su querido Garci Laso,
Y cuenta cada paso,
Y á cada uno verlo se figura
Jóven, gallardo, hermoso,
Libre volver amante y cariñoso.
Al dirigirse á la cerrada puerta,
Rebosando anhelante de esperanza
La abrió con mano incierta,
Y por la sala avanza
El rey enamorado y atrevido;
Y Leonor á comprender no alcanza
Cuanto miran sus ojos;
Y su nevado seno recatando
Abre sus labios rojos;
Mas se hiela la voz en su garganta,
Y lucha en vano por mover la planta.

DON PEDRO.

Perdona, noble dama,
Si llegando hasta aqui anduve osado;
Mas al que amor inflama,
Por ver á la que ama,
Al mismo infierno fuera
Si llegar al infierno se pudiera.—
Al escuchar la voz del caballero,
De Leonor las fuerzas se agotaron,
Y dando un grito agudo y lastimero,
Sus párpados al punto se cerraron,
Y cayó desmayada
En los brazos del rey que la estrechaba.

DON PEDRO.

Alburquerque.

ALBURQUERQUE.

Señor!—
Y en el momento
Aparece en la puerta el favorito,
Y al mirar á la hermosa sin aliento,
Con feroz alegria,
Al ver que estaba inerte, se reia.

DON PEDRO.

¡Socorredla, par diez!

ALBURQUERQUE.

Intento vano :
A vuestro solo nombre
Las puertas se abrirán ; y el soberano ,
Del desmayo oportuno prevalido ,
Saldrá de esta morada ,
Para luego en la noche silenciosa
Triunfar de la mujer tan deseada.—
Don Pedro entusiasmado,
Siguiendo los consejos del malvado,
Iba á coger á su hechicera amante ;
Pero en el mismo instante
Cobra la bella su razon perdida ,
Y al mirarse delante
Del rey impuro , su terror olvida ;
Y cual leona herida
Que no sucumbe ante la misma muerte ,
Valiente grita con acento fuerte.

LEONOR.

¿Qué buscais en la estancia de una esposa
De esclarecida sangre castellana ?

DON PEDRO.

¡No me mires, por Dios, tan desdeñosa,
Que tú eres para mí la soberana !
Si á este sitio he llegado,

Culpa solo al amor del pecho mio,
Que por tí mis deberes he olvidado,
Y mi vida te ofrezco y mi albedrio:
Y pues eres el cielo que ambiciono,
Como de España rey, te daré un trono.—
Dijo don Pedro, y con la frente erguida
Contempla á Leonor con entusiasmo;
Y con voz conmovida,
Suplicante á sus piés ferviente implora;
Mas la hermosa Leonora
Lo mira con desprecio y con sarcasmo.

LEONOR.

Si pensais altanero,
Mi ambicion despertad con la corona
Que ciñe vuestra sien, jóven guerrero,
Buscad otra persona
Que olvide del honor la ley sagrada,
Y sea otra mujer por vos comprada.
Yo ser fiel he jurado,
Al sacrosanto pié de los altares,
Á un esposo adorado,
Y hasta la muerte impia
Por no vender mi honra arrostraria.

DON PEDRO.

Estás en mi poder, y en vano quieres
Esquivar mis caricias,

Que el altivo desden de las mujeres
Sucumbe ante el poder del soberano
Que ciñe el cetro con robusta mano.
Como conspirador el de la Vega,
Si me niegas tu amor, muere al momento:
El caballero con afan te ruega,
El rey que cedas te previene al punto.
No hagas que se conviertan tus rigores
En muerte para todos los traidores.

LEONOR.

Ya sé, señor, que con tremenda saña,
De luto y de pavor llenais á España;
Que matais á mujeres indefensas,
Y á bravos caballeros
Que fueron en las lides los primeros;
Pero mi honor á vuestra furia escede,
Y el tigre avaro de la sangre humana
Humillarlo no puede,
Que no sucumbe ante su ley tirana.
Si la vida debiera
El jóven Laso á su Leonor vendida,
Con razon á su esposa maldijera,
Que no vale la vida
Que mancha el deshonor y la vergüenza,
Y vuestra furia insana
Se estrella ante una noble castellana.—
El despechado rey tiembla, vacila,

Siente subir la sangre á su cabeza;
Y Leonor, al parecer tranquila,
Desafia su encono y su fiereza,
Como el antiguo muro carcomido,
Que resiste al combate de las olas
Del mar embravecido,
Y que cubre las nítidas espumas,
Mas que triunfante luego se presenta
Y ofrece nuevo escollo á la tormenta.
En vano es suplicar; cual fuerte roca,
No cede el corazon de aquella dama,
Que su deber inflama;
Enmudece su boca,
Y cual fiera que acosan los chacales,
Que en su furor no embiste
Pero que hasta la muerte se resiste,
Asi Leonor altiva
Con inmenso desden rechaza esquiva,
Y no hay razon que dome su fiereza,
Y desprecia la muerte,
Y de su esposo la enemiga suerte.
Y don Pedro humillado,
Suplicante á las plantas de la hermosa,
No es el monarca bravo y belicoso
De glorias ambicioso,
Sino un hombre cualquiera
Que con voz temblorosa
De una débil mujer el fallo espera.

Apareció nuevamente
En la puerta el favorito,
Y don Pedro avergonzado
Cobra su furor perdido,
Y alza la frente humillada
Con nuevo y sereno brio.

ALBURQUERQUE.

Manda el rey á sus vasallos,
Porque mandar es su sino,
Y si ellos no obedecen
Sufran el justo castigo.
¿Cierra esa hermosa altanera
A vuestro amor los oidos?
Pues que pruebe cual se venga
Un soberano ofendido.

DON PEDRO.

Tienes razon, Alburquerque,
Dejemos ponto este sitio;
Porque me ahoga el coraje,
Y me sobra aliento y brio,
Y ha de haber sangre á torrentes,
Pues que la pide mi sino:
Ya que me nombran tirano,
Ser tirano necesito.—
Y fuéronse los hidalgos,
Y resonaron los gritos

De Leonor angustiada,
Que entre lúgubres gemidos
Llama á su amante adorado,
A su esposo tan querido,
Y solo responde el viento
A sus afanes prolijos,
Y en el suelo desplomada
Cayó yerta y sin sentido.

ROMANCE VII.

DON PEDRO. LASO. ALBURQUERQUE.

Está don Pedro en su trono
Cercado de cortesanos,
Y mal oculta el semblante
El furor reconcentrado.
Ciñe la regia corona
Y viste el purpúreo manto,
Y sostiene de Castilla
El cetro en su diestra mano.
Las puertas están guardadas
Por numerosos soldados,
Y en el palacio se advierte
Movimiento estraordinario.
La reina doña Maria
Turbada cruza y llorando,

Por no ser espectadora
De un drama tremendo y trágico.
Da sus órdenes el rey
Al favorito inhumano,
Y á poco tiempo aparece
En la estancia Garci Laso,
De sus deudos precedido,
De sus parientes cercado,
Con el semblante tranquilo,
Con noble desembarazo,
Y humilla su erguida frente
Ante el dosel soberano.

DON PEDRO.

Levántese el de la Vega,
Y dígame el buen vasallo
Si ha cumplido su palabra
Y con mi regio mandato,
Y si en la pasada noche
Nadie el grito ha levantado.

LASO.

Nadie, señor, se ha movido.

DON PEDRO.

¿Y podeis asegurarlo?

LASO.

Por mi honor de caballero.

DON PEDRO.

Deten el perjuro labio,
Que yo sé que en esta noche
Con encubiertos hidalgos
Has andado á cuchilladas
La ciudad alborotando.
¿Y tú eres el fementido,
Que con supuestos engaños
Empeñas un juramento
Que despues no has de guardarlo?
Ya probarás la justicia
Del monarca castellano.

LASO.

Señor, ni gracia deseo,
Ni vengo aqui á suplicaros,
Que quien delito no tiene
No teme el tremendo fallo:
Tan solo quiero advertiros,
Rey, cuan injusto tirano,
Que sé que anhelais mi muerte,
Porque me lo han anunciado:
Y si dispuesto á matarme
Andais pretestos buscando,
No atenteis contra mi honra
Y tomad mi vida en pago.
Con la conciencia tranquila,

Como noble confiando
En la palabra empeñada
Y en un juramento santo,
Vuestras órdenes cumpliendo
Vine hace tiempo á palacio;
Y cual si fuese un bandido,
En él preso me dejaron.

DON PEDRO.

Bandidos son los traidores
Que conspiran temerarios
Contra su dueño y señor.

ALBURQUERQUE.

Y los que en Burgos mataron
Á un enviado del rey
Ricos homes tan villanos,
Que humillar quieren el trono
Y en vano intentan lograrlo.

DON PEDRO.

No pisarán mi grandeza
Esos mezquinos gusanos,
Porque me sobra el aliento
Y poder para humillarlos.

LASO.

Sacia, pues, la sed de sangre,
Que mi aliento sobrehumano

No desmaya ante la muerte
Que fulmina un rey tiránico.—
Don Pedro y Laso furiosos
Frente á frente se miraron,
Mil denuestos conteniendo
En sus temblorosos labios;
Mas el desden de una dama
El primero recordando,
Anheloso de venganza,
Quiere lavar tal agravio.

DON PEDRO.

Entrad, mis bravos guerreros,
Y prended á ese malvado
Que osa levantar el grito
Con desprecio y con descaro.—
Y apareció en el momento
Tropel de hombres armados
Servidores de Alburquerque
De que estaba el rey cercado.
Y del señor de la Vega
Al punto se apoderaron,
Que demasiado orgulloso,
No pide favor ni amparo
Al ver que el fatal anuncio
Iba á ejecutarse al cabo.

LASO.

Rui Gonzalez Castañeda,
Mi buen amigo y hermano,
Id, y á mi esposa Leonor
Pedid el indulto santo
Que conserva, y consoladla
En su inmenso desamparo.—
Tal vez los ojos del rey
Humedecieron el llanto,
Que hasta las almas de bronce
Sienten dolores amargos;
Mas el torpe favorito,
Al mirarlo vacilando,
Grita á los hombres de armas.

ALBURQUERQUE.

¡Matadlo pronto, matadlo,
Que el monarca asi lo ordena!—
Y con las mazas en alto
Contra el señor de la Vega
Los guerreros se lanzaron,
Que á poco tiempo exhaló
De la vida el postrer hálito,
Cuando don Pedro dejaba
Aquel lugar del palacio,
Aquel sitio de maldades,
Aquel terrible espectáculo.

Silencio sepulcral reina en la estancia;
El lúgubre gemido de la muerte
Tan solo se percibe misterioso;
Y allí nadie la voz á alzar se atreve:
Y triunfante riendo el favorito,
Al ángel maldecido se parece,
Que ocultar su furor pretende en vano
Y el inmenso placer que su alma tiene.
Una mujer llorosa y despechada,
Pálido el rostro, en su dolor ardiente,
Con las manos crispadas y gritando
En la fúnebre estancia se aparece.
Es del buen Laso la leal esposa,
La afligida viuda de aquel héroe,
Que cediendo su amor á su altiveza
Perdon á suplicar amante viene:
Y el privado cogiéndola de un brazo,
Con la mano señala el cuerpo inerte.

ALBURQUERQUE.

Allí tu amor está : traidor ha sido ,
Y de los Laras partidario aleve ,
Que pensaron lanzarme de la cumbre
En que me colocó mi buena suerte ;
Y el que conspira contra mí villano,
Como villano y enemigo muere.

EL ESPEJO DE LA VERDAD.

—

Fragmentos de un Poema.

EL ESPEJO DE LA VERDAD.

—

Fragmentos de un Poema (*).

Brilla la luna tersa y trasparente
En el sereno azul del alto cielo;
Suena de un manso rio la corriente
Que fertiliza el encantado suelo:
Fresca es la brisa, plácido el ambiente;
Y alli no cuaja el cristalino hielo,
Que en una hermosa y fértil primavera
Se conserva el collado y la pradera.

(*) De la introduccion.

Mil sazonadas frutas y sabrosas
Y mil variadas y aromosas flores
Embalsaman las brisas bulliciosas,
Convidando á la paz y á los amores:
Se deslizan las aguas presurosas
Hasta tersos estanques brilladores,
Y salta el pez en el cristal cambiante
De la tranquila fuente murmurante.

—

Todo es encanto y plácida hermosura,
Y todo animacion, contento y vida,
Y el viento entre los árboles murmura
En que parlero el ruiseñor anida;
Y del frondoso valle la frescura
Convida al sueño, á la quietud convida:
Es el Eden al hombre prometido
Y por el vicio y la maldad perdido.

—

Y un palacio magnífico, opulento,
Su enorme mole ostenta y su riqueza,
De arquitectura y perfeccion portento,
Que prueba de su dueño la grandeza:
Grandeza que no alcanza el pensamiento,
Á donde solo su poder empieza,
Y al ver el edificio majestuoso
Llaman feliz al jóven poderoso.

Mas ¡ay! que dar no puede el fausto vano
Al corazon vacio la esperanza,
Ni al que las fuentes agotó profano
Del casto amor, é intrépido se lanza
A llegar altanero con su mano
Donde el poder de Dios tan solo alcanza,
Ese dulce consuelo apetecido
Que no disfruta el hombre corrompido.

—

En una rica y arabesca estancia
Y en un divan mullido recostado
Está un noble mancebo, y la fragancia
Aspira del ambiente perfumado.
Aire de distincion y de importancia
Tiene el jóven hermoso y descuidado;
Mas en su pecho la ponzoña habita
Y está en su rostro la maldad escrita.

—

Aun conserva su faz encantadora
El verdor de sus años juveniles,
Su límpida mirada brilladora,
Sus sueltos ademanes varoniles,
Y cruzan por su frente abrasadora
Mil pensamientos y recuerdos miles,
Y con inmenso afan y descontento,
Eleva una mirada al firmamento.

¿Será de amor ó de desprecio y duda?
¿Será tal vez imprecacion impia?
¿Por qué impotente con su mente ruda
Saberlo todo en su ambicion porfia,
Cuando en su vida del placer desnuda
El poder de los cielos desafia?
¡Pobre loco, que el mundo no comprende
Y otros mil mundos encontrar pretende!

—

Lleva una mano á su doliente pecho,
Posa otra mano en su ardosa frente,
Angustioso revuélvese en el lecho,
Que es agudo el dolor que su alma siente;
Y cediendo despues á su despecho
Lanza una carcajada indiferente,
Y con mil pensamientos lucha airado,
Y confunde el presente y el pasado.

—

Una mujer con maternal desvelo
Su aliento aspira y sus mejillas toca,
Y en su amoroso afan y desconsuelo
En la sudosa faz pone su boca:
Eleva una plegaria al alto cielo
Y para el mozo compasion invoca,
Que es cuidadosa madre condolida
Al ver de su hijo la profunda herida.

Profunda herida, que en su ardor primero
Causaron fementidos los placeres,
Al agotar con ánimo altanero
Cuanto nos brinda el oro y las mujeres
Y el mundo engañador y lisonjero;
Que á los mezquinos degradados seres
A crímenes nefandos los invita,
Al dolo y la maldad los precipita.

—

Y su gastado corazon vacio
Corre en pos de esperanzas y de amores,
Y solo encuentra en su carrera hastío
Y un campo estéril de marchitas flores;
Ni un arroyo que calme en el estio
De su ansiedad constante los ardores;
Y porque vuelva á arder lucha y porfia
La sacra llama que en su pecho ardia.

—

Y en su mortal é indómito quebranto
En torno suyo tiende una mirada,
No ya vertiendo el amoroso llanto
En que otro tiempo su consuelo hallaba;
Cubre su alma tenebroso manto,
Del placer y del mundo abandonada;
Y asi dice á su madre cariñosa,
Con voz entrecortada y temblorosa:

—¡Dónde volaron las felices horas
Llenas de encanto y plácida hermosura,
Que al rumor de las aguas bullidoras
Me estasiaba del sáuce la frescura,
Y del dia las auras precursoras
Venian á besar mi frente pura,
Encontrando á mi alma alborozada
De placeres y de gloria entusiasmada!

—

¡ En que el lucir de la tranquila luna,
El murmurar de la escondida fuente,
El blanco cisne en plácida laguna,
El arrullo de tórtola inocente,
Del amor satisfecho la fortuna,
La majestuosa luz del sol naciente,
Llenar me hacia de ideal contento
Y exaltaba mi loco pensamiento!

—

¡Dónde aquella mujer pura y hermosa
Forjada por mi loca fantasia,
Que hechicera, fantástica y dudosa
Entre mis sueños contemplar creia!
¡Esa mujer velada y pudorosa
Hablándome feliz me sonreia,
Y cual torrente de un volcan ardiente
Un ósculo de paz posó en mi frente!

¡Sueños hermosos de contento y vida
Que en otra edad cruzaban por mi mente,
Cuando mi alma de ilusion henchida
Solo veia el porvenir riente;
Que al alma vírgen el placer convida
Y el corazon en su entusiasmo siente,
Que dura cual la flor que violento
Avaro arrastra presuroso el viento!

—

De aquel tiempo feliz en mi memoria
Solo queda un recuerdo fementido;
¡Recuerdo triste de pasada gloria
Y mal presente por el bien perdido!
¡Fué mi felicidad toda ilusoria,
Y quedará mi nombre en el olvido,
Y el fin será de mi contraria suerte,
Tras largos males, la segura muerte!

.....

—

Con estos pensamientos reluchando
A mi mente asaltó sueño horroroso
Que iba mis sentidos embargando;
Y al ceder á su influjo poderoso,
En un prisma se iban retratando
Los engaños del mundo mentiroso;
Y cuantas mas verdades encontraba,
Mas en el triste sueño me engolfaba.

.....

Bramaba el viento, retumbaba el trueno,
El rayo brillador cruzó la esfera,
Y de terror irreligioso lleno
Miré abrirse á mis piés la inculta tierra,
Y contemplé las furias del averno
Con torva faz y en impotente guerra,
Y de pavor el ánimo abatido
Opreso el corazon lanzó un gemido.

—

Una mano candente y opresora
En mi hombro posó Satan impio,
Y retumbó su voz atronadora
Cual de la cumbre el despeñado rio:
—Temerario mortal, que entrar implora
Irreverente en el recinto mio
La página á leer de tu destino
Y el término á mirar de tu camino:

—

¿Tienes valor para perder sereno
Cuanto hermoso creó tu fantasía?
¿Ver los amores que abrigó tu seno
Y la verdad que al porvenir nos guia?
¿Apurar del dolor todo el veneno
Y perder para siempre la alegria?
¿En los impulsos de tu ciego anhelo
Quieres, mezquino, remontar tu vuelo?—

—Quiero ver la verdad, la pura lumbre
De mi ambicion y mi anhelar profundo,
Y del saber en la elevada cumbre
Ver los que moran en el ancho mundo;
Y si es el hombre lodo y podredumbre,
Ó hay de otra vida manantial fecundo,
Y ver la realidad bella ó sombria
Que me depara la fortuna mia:

—

Que harto está de mi alma el sufrimiento,
Seca de la virtud la pura fuente,
Y es humo vano que arrebata el viento
Cuantos placeres ideó mi mente;
Y el choque de pasiones violento
Apagó el fuego del volcan ardiente,
Y sin creencias y sin fe en la vida
Es mi esperanza y mi razon perdida.—

—

Apretando Satan mi diestro brazo,
De su poder impuro revestido,
Dió en un inmenso bronce tal porrazo
Que retembló el infierno estremecido
Al rudo impulso del tremendo mazo;
Y en el cóncavo espacio suspendido
Puso Satan con ánimo triunfante
Un inmenso cristal terso y brillante.

—Este prisma encantado que retrata
El bien y el mal del corazon humano,
Con mágico poder corre y desata
La falsa venda que lo cubre insano;
Y la esposa perjura, la hija ingrata,
El juez venal, el insondable arcano,
Y el negro crímen que la sangre hiela;
Todo su prepotencia lo revela.

—

Ven, y por él con risa indiferente
Mira la sociedad que el hombre adora,
Y esa máscara vil con que nos miente
Descorre de su faz engañadora:
Mira manchada su atezada frente;
Mira el placer que ciego nos devora;
Y al ver á los humanos corazones,
Muertas se quedarán tus ilusiones.

—

El noble orgullo, la ambicion de gloria,
Del saber la esperanza deseada,
De la virtud la sacrosanta historia,
De la mujer la castidad guardada,
La probidad, del justo la memoria
Y del guerrero la leal espada,
Verás en ese mundo confundido
Y de los hombres en profundo olvido.—

—Pero esa vírgen de hermosura llena,
Cual la Madre de Dios Inmaculada,
Cual la primera y cándida azucena
De suave aroma y frente desmayada,
¿Ha de tener inclinacion de hiena
Una mujer tan bella y deseada,
Que inspiró tanto amor, tanto cariño
Á mi exaltado corazon de niño?—

—

—Esa hermosa mujer, desengañada
De lo que es el deber en esta vida,
Que muere la virtud desesperada,
Y que á mil goces la maldad convida,
Ser prefirió en el mundo deshonrada,
En premio á la riqueza apetecida;
Su ánimo de furias poseido
Echó tu amor en el profundo olvido.—

—

—¿Y ese amigo leal, de franca mano,
Fiel compañero, de mi amor testigo,
Que tantas veces le nombré mi hermano,
El que fué de mis penas el abrigo,
Ha de ser para mí fiero tirano?
¿El que otras veces padeció conmigo,
Ha de esconder con rabias infernales,
Homicida y traidor, tantos puñales?—

—Esa es de la ambicion la oscura senda:
El que quiera llegar hasta su altura
Y entre sus alas ascender pretenda
Á ver del porvenir la lumbre pura,
Rasgue del corazon la torpe venda;
Que la amistad, del Hacedor hechura,
Perece si al cruzar por el camino
Nuestro paso entorpece su destino.—

—

—Y esos de rostro enjuto y macilento,
Que del saber apuran los raudales,
Y admiran de los astros el portento,
Y hacen letras y signos desiguales,
¿Quieren llegar al alto firmamento
Y hasta del mismo Dios hacerse iguales?
¿En su ambicion analizar pretenden
Lo que sus ojos ven y no comprenden?—

—

—Raros prodigios de la ciencia humana
Ávido busca é impotente el hombre,
Y á la Divinidad cree se hermana,
Y ambiciona su póstumo renombre;
Su loca fantasía piensa ufana
Que no hay saber que á su saber asombre;
Y es un topo nacido en los fangales
En que Dios arrojó á los racionales.—

—¿Y qué me queda en el desierto mundo,
Cuando todo es maldad, dolo y mentira,
Si no hay quien calme mi dolor profundo,
Ni esta ansiedad con que de amor suspira
Mi pobre corazon? ¿Si es infecundo
El suelo ingrato, é indiferente gira
Con sus torpes vivientes maldecidos,
Villanos, egoistas, corrompidos.....?—

—

—El desprecio te queda y la perfidia
Para esa sociedad mísera y vana,
Que hoy orgullosa en su ambicion envidia
Lo que tal vez despreciará mañana.
Contra esa turba rencoroso lidia,
Humilla pues su condicion villana;
Y con furor indómito y eterno
Tú serás enviado del infierno.

—

Te sobra juventud, te sobra oro,
Y será sin medida tu existencia:
Siembra do quier prostitucion y lloro,
Y calle para siempre tu conciencia:
Has de tener de males un tesoro,
Que lanzarás al mundo con violencia;
Y tú serás el dios de la venganza,
Que contra el hombre sus furores lanza.—

Y combatido el loco pensamiento
Con una y otra idea aterradora,
Cruzar pensando la region del viento
En alas de mi mente engañadora,
Quise tocar el alto firmamento
Y apagar su lumbrera brilladora;
Mas de la inmensa altura desprendido,
Con la cumbre choqué de un monte erguido.

—

Y al romperse en pedazos mi cabeza,
Con fuerza convulsiva y poderosa
De este lecho me así: tanta grandeza
Comparé con mi estancia silenciosa,
Y sentí desmayar mi fortaleza,
Y dirigí mi planta temerosa,
Pensando que verdad el sueño era
Y el espejo del mundo la quimera.

—

Y vi luchar en la revuelta España
Hermanos contra hermanos rencorosos,
Y en cruda guerra y áspera campaña,
Matar padres á hijos cariñosos;
Y que aplaudia el mundo tal hazaña
Héroes llamando á tigres ominosos,
Que para el mal al mundo los lanzaron
Y pueblos y ciudades desolaron.—

Calló el mancebo, y su feroz mirada
Tendió en torno de sí, y entre sus manos
Oprimió su cabeza estraviada;
Y entre mil pensamientos inhumanos
Ansiaba penetrar en la morada
En que guarda el Eterno los arcanos
Que lucha en vano por saber el hombre,
Inmenso caos y piélago sin nombre:

—

Cuando una voz de la celeste altura
Llegó clara y vibrante á sus oidos,
Como el viento que en la honda quebradura
Con agoreros fúnebres gemidos,
Con monótono estrépito murmura,
Cual las olas del mar que brama airado,
Ó el torrente de un monte desplomado:

—

«Débil mortal, gusano miserable,
Que pretende saber torpe y mezquino
Del cielo la grandeza imponderable
Y del mundo y los hombres el destino:
Dios te da una existencia inmensurable
Y te abre de otros siglos el camino;
Él te da juventud, oro y honores;
Aprovecha del cielo los favores.

«Dos sendas se presentan á tus ojos,
Del bien y el mal, de la virtud y el vicio;
Una alumbrada por los rayos rojos
Del sol, y lleva á un cierto precipicio;
Otra poblada de ásperos abrojos,
Mas que conduce á un mágico edificio,
Donde se encuentra el premio perdurable
De esta vida insegura y deleznable.

—

«Pues los conoces ya, piensa, medita,
Y elige el uno de ellos sin tardanza;
Nadie tu pié seguro precipita;
Nadie en el mar de la maldad te lanza:
Y si algun dia la virtud te grita,
Y de morir te acosa la esperanza,
El Dios Eterno escuchará tu ruego,
Y al mundo arrojará su escelso fuego."

.....

INDICE.

Introduccion. VII
Vigilia en las costas de Africa. 3
Recuerdo. Á una rosa.. 13
Patria y ausencia.. 19
Á Esperanza. 25
Sin fe y sin amor.. 31
Un recuerdo y una lagrima. Á M. Una noche en la Alhambra. 39
Una madre en la tumba de su hija.. 45
Un niño á Ntra. Sra. del Amparo. 49
Á una niña.. 55
La Inocencia. 61
Á Adriana. En las orillas del Genil. 67
El Panderete de las Brujas. (Tradicion.). . 73
Epístola. Á mi amigo D. E. S. de F.. . . . 89

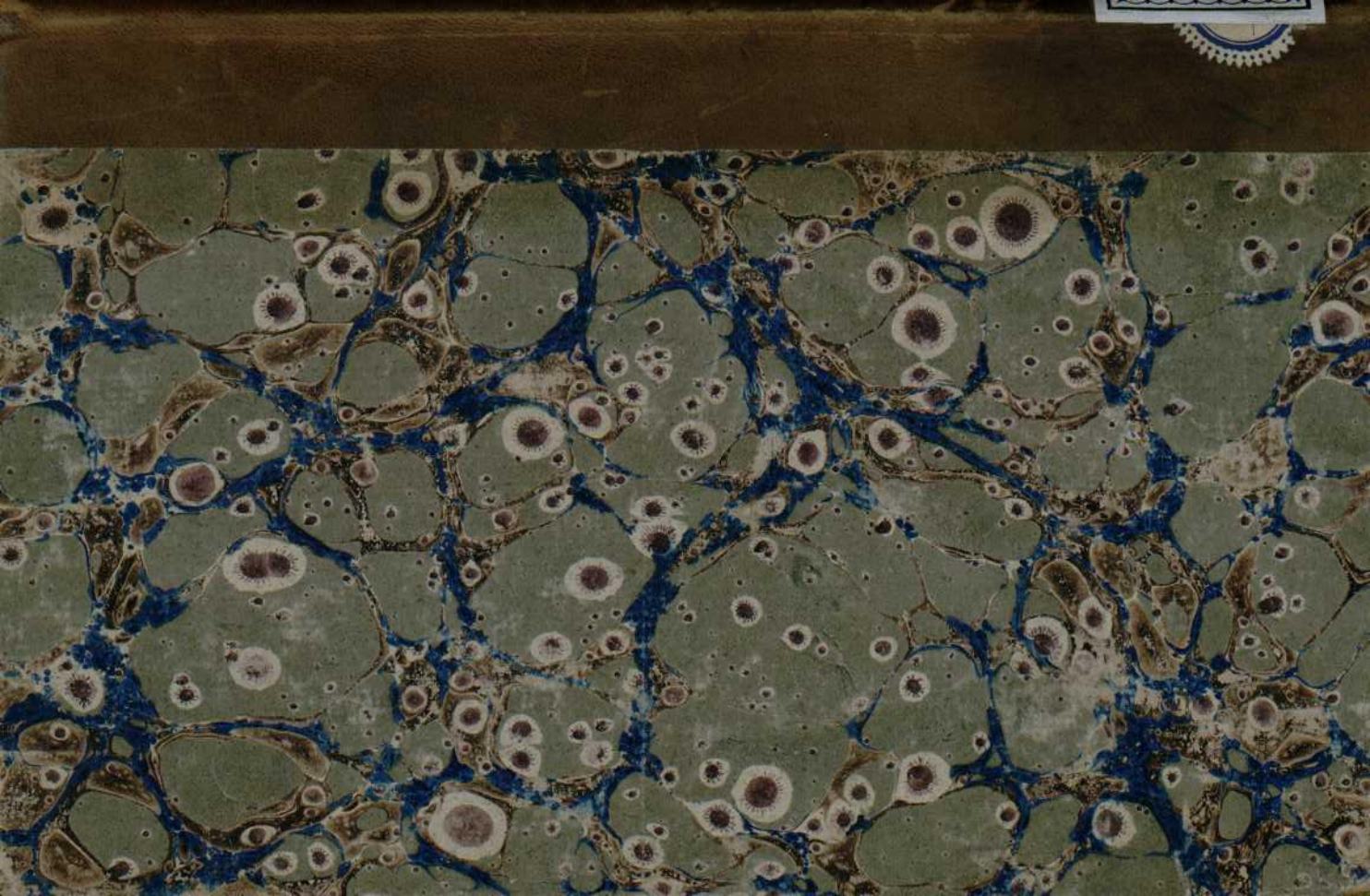
¡Murió de amor! Cancion.. 97
A la salida del Sol en las costas de Africa. 103
Deseos.. 109
Á la entrada en Granada de la Serenísima Infanta Doña Maria Luisa Fernanda. . . . 115
En un Album.. 119
Á mi amigo D. F. L. de R. 125
Oriental. 131
Honor y adulterio. 141
Anacreóntica.. 151
Garci Laso de la Vega. Leyenda histórica. . 157
El Espejo de la Verdad. Fragmento de un poema.. 209

—

Rectificaciones.

Página 13 línea 12 dice: tu ausencia; léase tu esencia.
Pág. 34 lín. 24 dice de tu amor; léase, de su amor.
Pág. 51 lín. 2 dice Con ceñuda; léase Con su ceñuda.
Pág. 106 lín 5 dice *para auyentar*; léase *para ahuyentar*.
Pág. 109 lín. 5 dice Que en vano en el; léase Que en medio del.
Pág. 128 lín. 14 dice Del álguila; léase Del águila.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA DE GRANADA



NOCHES

PERDIDAS

B
8
298